

## DEBATE – Mora 29 (2023)

<b>Presentación: El peso de la invención en un mundo agotado. Socio-ambientalismo y feminismos en la cultura argentina actual</b> / Lucía De Leone .....	2
<b>Políticas del buen vivir: Terricidio y espiritualidades no modernas</b> / Gabriela Balcarce ..	8
<b>Carta Manifiesto</b> / Colectivo Mirá .....	17
<b>Cuerpo a cuerpo</b> /Claudia Aboaf.....	26
<b>Soja y humo</b> / Cristian Wachi Molina.....	31
<b>Ecoansiedad y el proceso creativo en <i>Mugre rosa</i></b> / Fernanda Trías .....	51
<b>Por una narración ecoafectiva</b> / Alejandra Laera.....	62

## **Presentación: El peso de la invención en un mundo agotado. Socio-ambientalismo y feminismos en la cultura argentina actual / Lucía De Leone**

Instituto de Investigaciones de Estudios de Género (IIEGE) UBA-UNA-CONICET  
lalulionline@yahoo.com.ar

En los últimos veranos, se han venido registrando elevadísimas temperaturas que obligaron a modificar el comportamiento (familiar, laboral, sanitario, habitacional) y la cotidianeidad de la gente, para afrontar al clima caliente que alcanza cifras inéditas y no queda más que aprender a adaptarse a la falta de suministro eléctrico y de agua en áreas urbanas y rurales de la Argentina. Abundan los cortes de calle, las protestas y quema de neumáticos y se llenan programas de noticias con rankings de las temperaturas máximas y mínimas alcanzadas en los últimos años. En los epicentros urbanos del país el negocio inmobiliario se impone frente a la habitabilidad humana, y los barrios de casas bajas con pocos habitantes se transforman, de un día para otro, en espacios plagados de lánguidos edificios, en su mayoría eléctricos, de aspecto endeble, que alojan muchísima más gente de la que las instalaciones de luz pueden soportar. Frente a esta realidad exasperante, se hizo tendencia en redes sociales y se propagó en el decir común la consigna “No es calor, es desmonte”. Una expresión que concentra las consecuencias que viene produciendo a nivel mundial la deforestación descontrolada. Si el efecto invernadero constituía un proceso natural necesario para mantener templada la Tierra, la acción del humano, con la emisión desmesurada de gases (dióxido de carbono, metano, en especial) que persisten en la atmósfera, lo ha convertido en un factor determinante para el calentamiento global.

A esto se suman varias cuestiones más. Pueblos enteros son fumigados con pesticidas, porque la vida que se preserva es la del producto de una economía basada en políticas de la muerte, que garantizan la subsistencia de un cultivo implantado a nuestra geografía –la soja y además modificada genéticamente- que cambió el paisaje rural y que ha arruinado para siempre ese terruño que hizo de la Argentina un modelo agro ganadero. Bosques incendiados con tala de sus protagonistas –los árboles- y asesinato en masa de la biodiversidad para ganarle lugar al espacio natural. Extensas zonas sin acceso al agua porque se desvía el curso de los ríos para construir monumentos artificiales (diques, represas) en mitad de la naturaleza, cuyas riquezas obtenidas terminan escurriéndose por las fronteras y acatando los intereses de multinacionales extranjeras. Faunas liquidadas y empetroadas por la contaminación de los mares. Poblaciones indígenas subyugadas en sus propios territorios por los mismos que atentan contra su buen vivir y colonizan sus

tradiciones, labores, espiritualidad, su visión holística del cosmos y su descubrimiento ancestral: el litio. Un cúmulo de enfermedades respiratorias y alérgicas desatadas a causa de la invasión de la humareda, con partículas tóxicas proveniente de los incendios en las islas del delta del Río Paraná. Una postal de la Argentina actual, “el país del humo”.

Como dije en otras ocasiones, la lucha socioambiental se enfrenta al aprovechamiento imprudente de los bienes naturales que llevan adelante empresas, cuya fábrica principal es la muerte en materia ecológica, humana y poblacional. Pero a su vez pone en evidencia cómo los estados intervienen en estos problemas de manera muy tímida, con complicidad o se retiran directamente. Partidos políticos conviven hoy con el activismo por el reconocimiento de la naturaleza como sujeto de derecho y los feminismos en general (es decir no sólo desde la vertiente del ecofeminismo) instalaron la lucha que aúna la subordinación de las mujeres y disidencias con la de la explotación desmedida de la naturaleza, entendiendo ambas opresiones derivadas de un orden capitalista heterocispatrilial. Es en la misma era del llamado “Antropoceno” (con sus diferentes derivados conceptuales), que se grita cada vez con más fuerza que el humano (el *antropos*) y el varón no son dueños y señores del planeta ni integran la parte privilegiada de los binarismos que funcionaron como prisma para reconocer la realidad (cultura vs. Naturaleza; varón/mujer, etc.), sino tan solo una parte más del planeta y solo uno más entre múltiples existencias que tienen los mismos derechos y garantías. Cuestionar la binarización del mundo es cuestionar las relaciones de poder y apostar por una ontología y una práctica democráticas, en que la explotación y el extractivismo abandonen sus lugares hegemónicos en las sociedades que generan desigualdades de clase, género, etnia.

La teoría y la práctica feministas hicieron suya la lucha de la naturaleza violada, la tierra taladrada por la siembra directa, mojada con sustancias químicas ricas en toxicidad y perforada por el fracking, la del flujo desviado del agua, la intromisión en el aire y el abuso sobre el fuego. En este sentido, los feminismos impulsan el respeto por las identidades sexoafectivas fluidas en todas sus percepciones y por la biodiversidad, en todas sus expresiones, de manera justa y equilibrada: desde vegetales y animales hasta hongos, plancton y microorganismos del suelo fértil, la materia en todas sus formas, y las comunidades humanas. Todo aquello que, según la lógica destructiva del capitalismo patriarcal, no cumpliría las pautas de ganancia ni los tiempos productivos de la Nación y por eso hay que colonizar, domesticar y eliminar.

El problema medioambiental está marcado por un cambio climático que ha cobrado dimensiones extraordinarias y que si bien cuenta con una larga historia de luchas

y concientización a nivel global y regional, desde hace unos años encabeza las urgencias reclamadas por activismos ecologistas autofinanciados, por movimientos sociales, por los afectados directos y por ciertos representantes de distintos partidos políticos. Se demanda que el tema sea prioridad en las agendas sociopolíticas, se constituya en una política de estado y deje de ser un comodín publicitario y un mero oportunismo de los gobiernos de turno. Sin dudas, son las juventudes (y en su mayoría mujeres) el segmento poblacional que ha tomado mayor conciencia, que creció con pedagogías de sustentabilidad (reciclaje, reutilización, cuidado de los recursos, respeto por la naturaleza) y que, verdaderamente preocupada ya no por el destino sino por el presente del planeta, practica una conducta responsable y, en muchos casos, una militancia sostenida.

En los últimos años y, sobre todo tras la apertura que trajo la transición hacia una nueva normalidad, después de la pandemia por COVID 19, muchas escritoras, periodistas, académicas, músicas y actrices argentinas formalizaron un activismo socioambientalista que ya tiene su historia. En los dos últimos 8M, las consignas principales reunieron preocupaciones ecofeministas, y durante la apertura de sesiones legislativas del 2022, acompañaron e intervinieron en la presentación del proyecto para el tratamiento de una Ley de Humedales que penalice toda acción que ponga en riesgo la perdurabilidad planetaria. Desde al menos la década de 1970 se discute y se realizan convenciones y cumbres a nivel mundial sobre el problema de los humedales, que son ecosistemas únicos, una zona fangosa entre el agua y la tierra seca que aloja fauna, es sumidero de carbono, absorbe agua y protege al planeta de las inundaciones. Pese a la nobleza de este hábitat y los informes de científicos que exigían para los humedales derechos legales por su función vital para la Tierra, fue en nombre del desarrollo urbano y agrícola que la acción humana ha venido sedimentando y secando sus suelos para la construcción de autopistas, parcelas artificiales de cultivo o espacios con características concentracionarias para el engorde de ganado.

Este debate titulado “El peso de la invención en un mundo agotado. Socioambientalismo y feminismos en la cultura argentina actual” reúne un conjunto diverso de textos que, desde diversos posicionamientos, prácticas y disciplinas, entran un diálogo fluido sobre las urgencias medioambientales que nos acechan. En “Políticas del buen vivir: terricidio y espiritualidades no modernas”, Gabriela Balcarce analiza experiencias de poblaciones indígenas ante la usurpación de sus tierras y sus modos de estar en el mundo, desde un anclaje académico que se detiene a cuestionar la colonización de los saberes institucionales. Como investigadora, se pregunta qué discursos articular para dar

cuenta de esa problemática y recurre a perspectivas de otras epistemologías no hegemónicas como las amerindias, descoloniales, antiespecistas y posthumanas. En segundo lugar, presentamos la “Carta Manifiesto” del Colectivo Mira, formado por Claudia Aboaf, Gabriela Cabezón Cámara, Soledad Barruti, Maristella Svampa y Periodista por el Planeta, que surge como un acto de resistencia organizado para hacer frente a la explotación de los cuerpos y de la naturaleza. Uno de sus lemas es afirmar que no es que no hay planeta sin cultura, no hay cultura sin planeta; y, su desafío mayor es desarrollar otros lenguajes de valoración como los eco-literarios, que combinen el lenguaje de las ciencias con la lengua de la tierra. El manifiesto se acompaña de imágenes y lleva las firmas de las personas, colectivos y agrupaciones que avalan la declaración de principios que se establecen en pos de conseguir que la naturaleza sea un sujeto de derecho, cuestionando así las narrativas oficiales que, por caso, aseguran que la explotación extractivista es la única salvación para la Argentina. Para una nación soberana, sostienen, hacen falta océanos, poblaciones, alimentación, animales y territorios soberanos. Por su parte, la escritora y activista medioambientalista Claudia Aboaf, que ha escrito novelas distópicas englobadas en la *Trilogía del agua*, en el ensayo de este debate, titulado “Cuerpo a Cuerpo” parte de la siguiente pregunta: “¿Cuáles son los cuentos que nos hemos contado para justificar ese dominio y provocar tanta muerte?”. Convencida de que las mujeres son las que saben de lucha y las que han salido a la calle como un cuerpo común (un cuerpo a cuerpo intergeneracional e interseccional) para conquistar derechos, pedir leyes y combatir el biopoder, cronifica su viaje a Alfarcito (Jujuy), donde las comunidades indígenas (con líderes mujeres) resisten a la minería del litio. La escritora como testigo participante y militante activa cuenta todo el ritual de la conversación con la Pacha como modo de habitar el cosmos y los hábitos de cuidado y protección del mineral (materia que tiene derechos) por fuera del sistema de explotación heterocapitalista y los tiempos de producción de una Nación enemiga. El texto se acompaña con fotografías tomadas *ad hoc*.

Si las artes, y en especial la literatura, tienen potencia creativa, así como imaginan escenarios apocalípticos en los que se gestionan ideas de finales también pueden idear reutopizaciones y simbiogénesis con aquello que afectó la destrucción. El poeta, escritor y crítico literario cordobés Cristian “Wachi” Molina, autor de *Machos de campo*, narra sus experiencias como afectado por las consecuencias patologizantes de la sojización de su pueblo natal- Leones- y como potencial enfermo por las humaredas del Paraná que le tocó vivir durante su residencia en la ciudad de Rosario. Se trata de un texto que combina

reflexiones acerca de las motivaciones socioambientales en relación con las disidencias sexuales que lo llevaron a posicionarse como “un puto que escribe” y una serie de poemas-manifiesto referidos a la soja y el humo que suele comunicar de manera performática tanto en eventos culturales como en marchas y protestas por el cuidado del planeta.

La escritora uruguaya Fernanda Trías narra el proceso creativo (que llevó investigación, pesadillas, inventiva y un trabajo arduo de escritura) de su novela *Mugre rosa* desde las ideas de eco-ansiedad en el contexto del Antropoceno y la amenaza por el advenimiento de un terricidio. La autora recurre a datos oficiales de las Naciones Unidas y a referentes literarios para contextualizar la producción de una novela donde prima la enfermedad, la ruina, la desolación, el duelo, la muerte y los desechos humanos de la peste rosa en un Montevideo tan actual como estampado en el tiempo. Como en todos los textos de este debate, Trías también se pregunta por el lugar de enunciación y el posicionamiento ideológico para contar esta historia de devastación humana, poblacional y ecológica y encuentra un punto de contención: “el durante”, vale decir ni el tiempo de la producción capitalista ni el tiempo del fin de los tiempos. Por último, el debate se cierra con el artículo “Por una narración ecoafectiva” de la especialista en literatura argentina y crítica literaria Alejandra Laera, la curadora de la muestra visual literaria “Una historia de la imaginación en la Argentina”, que se expuso en el Museo de Arte Moderno en CABA durante 2019. El texto de Laera parte de la obra “Mi vestido preferido” (que forma parte de ese catálogo) de la artista plástica Fernanda Laguna para llegar a la novela *Las aventuras de la China Iron* de Gabriela Cabezón Cámara, como dos instancias ecoafectivas en que la naturaleza ofrece una salida y los cuerpos enlazados en nuevas formas de comunidad se vinculan con la naturaleza y el cosmos sin confundirse ni contaminarse. En otra línea posible que traza para analizar la relación entre medio ambiente y género, ubica a las novelas *Distancia de rescate* de Samanta Schweblin y *Mugre rosa* de Fernanda Trías y allí advierte cómo los fenómenos medioambientales y sus productos rechazan, expulsan, aniquilan, a los cuerpos femeninos que resisten inútilmente o terminan optando por el alejamiento.

Los textos del debate traman relaciones, discuten entre ellos, muestran enfoques disímiles que nutren el tratamiento del problema y ponen en escena los alcances y límites de las epistemologías para dar un mayor curso a la inventiva del arte.

Revisé y corregí este debate entre febrero y marzo de 2023, durante una ola de calor con temperaturas insólitas y constantes y siendo, además, afectada por cortes de luz

extendidos en el tiempo. Soy una mujer occidental, blanca, con estudios completos, propietaria de una vivienda en CABA sin grandes problemas de salud y con un trabajo estable. Aun con todos esos privilegios, viví durante unas semanas en una pesadilla apocalíptica, en que a falta de humanos responsables terminé peleándome con máquinas, cortando calles, enfrentado a la policía, asociándome con personas desconocidas en una lucha común, buscando fresco y alojamiento en casas de allegados, familia y amistades, ayudando a personas de edad avanzada a bajar o subir los pisos de su edificio a oscuras, haciendo de los bares mi oficina para cumplir con mi trabajo, acompañando a mi hijo en esta aventura desgraciada de vivir como si estuviéramos en otra época con las exigencias de la vida actual, aprendiendo cuestiones técnicas referidas a la inversión energética y sobre todo involucrándome cada vez más activamente con la problemática socioambiental. Si yo había transitado bastante mal estos momentos, qué pasaba con quienes en el injusto reparto del mundo carecen de voz, de representación, o por el contrario son quienes siempre tienen que poner el cuerpo y sufrir en carne viva todas las consecuencias. Terminé de cerrar este texto el 8 de marzo de 2023 en un bar de Flores, mi barrio (mi nuevo escritorio) donde cuando releía la última versión del debate se cortó la luz. Dejé todo y me fui, como cada año, a la marcha del 8M.

En este sentido, enfatizo que este debate surgió y se pretende hoy más que nunca como un texto de intervención en el tejido sociocultural y procura, además de brindar información y análisis, contribuir a la concientización (Mirá, Sentí, Tocá, Olé, Degustá, Oí... la lengua de la Tierra) y sobre todo al componente de inventiva e imaginación y a la potencia que necesitamos para dar vuelta todo de una vez y para siempre.

## Introducción

En los últimos tiempos, de temblor y complejidad para lxs vivientes humanos y no humanos, la búsqueda de miradas y experiencias *no modernas* (Latour, 1993) por parte del mundo de las ciencias humanas y sociales nos arroja al desafío de abordar (y aprender de) alteridades cuyo mundo natural, cultural y espiritual se halla en un entrelazamiento diferente a los de enunciación hegemónicos en nuestros campos disciplinares. Estas hegemonías han sido posibles por la eficacia del colonialismo inherente a nuestras formaciones académicas, cuyas autorizaciones no han dado lugar –y la filosofía sea quizás uno de los ejemplos clave – a esas otras voces y vidas que no se corresponden con el antropocentrismo de nuestras humanidades.<sup>1</sup>

En este sentido, el creciente contacto entre el activismo, la etnografía, la antropología postestructural y otras disciplinas que hacen eje en las perspectivas amerindias y en lo no humano, han ido permitiendo, por un lado, detectar el nivel de colonización de nuestros saberes institucionales, y en este sentido, un sinfín de connotaciones que emergen y ponen en abismo supuestos básicos de nuestras más profundas reflexiones, perspectivas *imposibles* (Derrida, 1998), allí donde lo imposible rompe las condiciones de posibilidad que son *dadas (aseguradas)*, para generar otras más radicales, incluso inesperadas. La estrecha relación entre este presunto universalismo y las catástrofes a las que asistimos hoy a nivel planetario conmueve los cimientos de nuestras preguntas.

La famosa distinción entre naturaleza y cultura, tan cara al surgimiento de las humanidades – cuya defensa siempre fue al interior de un paradigma epistemológico consensuado e indubitable<sup>2</sup> – ha propiciado la consagración de una distancia que hoy se presenta como tarea difícil de sortear desde nuestros esquemas de pensamiento académico. Por otro lado, estas perspectivas tienen mucho para enseñarnos – y en más de

---

<sup>1</sup> Este texto es una versión acortada del artículo “Políticas del buen vivir. Miradas sobre el terricidio y espiritualidades no modernas”, publicado en Abatirá, *Revista de Ciencias Humanas e Linguagens*, N.4, año 2, 2021.

<sup>2</sup> Me refiero a la defensa de una especificidad metodológica frente al reduccionismo de los métodos de las ciencias naturales de fines de siglo XIX y principios de siglo XX.



un sentido – en lo que concierne a la idea (a la idea, a las prácticas y experiencias, incluso sueños) del “buen vivir”. Es en estos dos sentidos que me interesará avanzar en el análisis de este texto, es decir, en las maneras de presentar sus discursos y activismos frente del terricídio, así como también la idea del ‘buen vivir’ y el modo en que la espiritualidad aparece allí, enlazada con el mundo de la materia, de la *techne* y de los ancestros.

Es difícil escribir un texto sin admitir el colonialismo que me atraviesa como mujer perteneciente al mundo académico de la ciudad de Buenos Aires. Sin embargo, la motivación, el gesto político de apelar a la herencia (la filosofía es una tarea de herencia, porque somos seres finitos (Derrida, 1993) y a la hospitalidad como condición ontológica, esto es, como la patentización de esx/xs otrx/s que *siempre estuvieron allí* (Derrida, 2000), debería instarnos a cuestionar las tradiciones en las que hemos sido formadxs: negacionistas de los indígenas y de tantos otrxs silenciadxs, asimiladxs, aniquiladxs que asedian estos parajes, generando en los últimos tiempos un efecto de condensación espectral frente al peligro del presente (Benjamin, 2021). Para que la filosofía ingrese en coordenadas más situadas, es de suma importancia hacer foco en el conflicto que persiste y se renueva entre los pueblos originarios y las especulaciones financieras, que logran quebrar a un estado nación que se dice pluriverso, pero se avergüenza de la sangre que corre por sus tierras.

A ello debe sumarse la pandemia por Codiv-19, que ha avanzado en la dirección del afianzamiento de las desigualdades estructurales y los abusos económicos y de poder frente a quienes son precarizadxs, esto es, confinadxs a vivir en situaciones de inhabitabilidad, como es el caso de vivientes humanos y nohumanos.

Este texto no es una invitación a abrazar el mundo natural desde una suerte de “paso hacia atrás” en el que la naturaleza adquiere las notas de un cierto esencialismo o de una *physis*, reforzando esquemas arcaicos de la romantización del mundo natural, sino *desde la hibridación que favorece otros pensamientos y otros materiales*, allí donde las dicotomías clásicas pierden sentido: agencia/pasividad, esencia/existencia, naturaleza/cultura, entre otras. Más aún, esta mirada del mundo natural se corresponde con una idealización más, dentro de los esquemas de un pensamiento profundamente moderno. Es en este sentido que el trabajo antropológico y etnográfico nos advierte *lo que siempre supimos, i.e.*, cómo “la tradición europea no detenta, no de hecho ni de derecho, el monopolio del pensamiento” (Viveiros de Castro, 2013, 41).

## **El Movimiento de Mujeres Indígenas por el Buen Vivir**

Frente a las perspectivas socio-constructivistas del siglo XX que defendieron la dicotomía naturaleza-cultura, la cual ha sido puesta en cuestión por los posthumanismos a la luz de la tesis del *continuum* naturaleza-cultura-técnica, el perspectivismo amerindio refleja un trayecto que quizás pueda resumirse en las palabras de Deborah Danowsky y Eduardo Viveiros de Castro: “Los amerindios forman parte de aquella gigantesca minoría de pueblos que jamás fueron modernos, porque nunca tuvieron una naturaleza y por lo tanto jamás la perdieron, ni tampoco necesitaron liberarse de ella” (2019, p.132).

Es interesante, en este sentido, hacerse la pregunta acerca de si, de alguna manera, los estudios posthumanos y las cosmologías amerindias se encuentran en un nuevo capítulo, diferente del que el humanismo trazaba en su autovaloración dependiente de una distinción entre naturaleza y cultura, ubicando al hombre (*ánthropos*, *i.e.*, humano varón, cis, blanco, heterosexual, del norte global, etc.) en el centro, *i.e.*, como superación del mundo natural a través de la cultura gestionada por una cierta *paideia*. Quizás sea momento de repensar estas barreras, más aún, de preguntarnos a qué responde la necesidad de esa separación. Frente a estas cuestiones, en nuestro caso (desde la filosofía), la ampliación epistemológica resulta valiosa y se corresponde con esa tarea necesaria de herencias del territorio, de los *cuerpos territorios* de la herencia que acontece siempre, aunque no sea escrita o escuchada, como reclamo de una justicia infinita (Derrida, 1995). El Movimiento de Mujeres Indígenas por el Buen Vivir tuvo como antecedente la Marcha de Mujeres Originarias (2012) en un barrio de la comunidad toba en Rosario y concretada en Epuyén dos años después (Argentina). El folleto que circuló antes de la segunda marcha en 2016 permite acercarnos a cómo se presentan:

Las mujeres de las 36 naciones originarias que somos habitantes ancestrales de este territorio seguimos caminando, fortaleciendo nuestra identidad y recuperando nuestras voces que ninguna otra voz puede representar. Somos mujeres, somos originarias, somos tierra, mapu, pacha. *Nuestro cuerpo territorio* se sigue enfermando y debilitando desde hace 523 años con la práctica extractivista, con cada empresa contaminante, con cada estado-nación colonizador, con cada gobierno saqueador. (El subrayado es nuestro)

La movilización condujo a la creación de un anteproyecto y a la organización de mujeres y diversidades antipatriarcales de las 36 naciones indígenas de la región. Desde entonces, este movimiento lucha por poner en agenda sus problemáticas específicas y otras que competen también a todxs: Megaminería, fracking, desmontes, agrotóxicos, represas, inundaciones, falta de agua potable, enfermedades, el Estado presente en forma de

extractivismo, el Estado ausente, hambre fueron las preocupaciones principales. Las prioridades nunca se encuentran en consonancia con quienes no forman parte de las formas hegemónicas de la vida, aquellas que hoy la globalización moldea, generando una población homogénea y dócil.

Herederas del genocidio indígena, estas mujeres han realizado en los últimos años encuentros interdisciplinarios con activistas, defensorxs de la tierra, organizaciones sociales y comunicadorxs, para pensar en conjunto medidas de preservación y contención, brindando miradas y experiencias de diferentes modos de vivir y convivir que se dan en la región y que no responden a los modos impuestos por la colonia. Entre las conversaciones mantenidas, cabe destacar el problema de la tala de árboles de algarrobo: la base de la alimentación de la comunidad Qom es a base de harina de algarrobo, árbol que no suele ser utilizado por las variantes impuestas por la colonización, que trae el consumo de las ‘harinas blancas’. Otra de las temáticas presentes fue el vínculo entre la comunidad y la tierra, los ríos y el uso de una lengua no castellana. Como resultado de este encuentro, se redactó un documento que denuncia el terricidio creciente. Cito aquí una parte del texto que presentaron con sus exigencias al Estado argentino (TELAM, 2016):

- Derogación del código minero que desde 1986 legaliza la invasión de nuestros territorios y por ende de nuevos cuerpos colectivos atentando contra nuestra vida y la de la tierra. La lista de mujeres indígenas asesinadas, contaminadas en territorios en conflictos con empresas multinacionales y latifundistas empresariales va en aumento, pero no figuran en el listado de denuncia de ninguna organización. Sentimos el cuerpo-territorio por eso pedimos la prohibición absoluta de la actividad minera.
- Urgente solución a la crisis hídrica: a consecuencia de la sojarización, explotación minera, deforestación, fracking de las megaempresas que plantean e instalan la crisis humanitaria en las 36 naciones originarias. Al desaparecer el agua, desaparece la vida.
- Exigimos la restitución de nuestros espacios sagrados a lo largo de las 36 naciones de nuestro territorio: resistimos porque *ese es el legado de nuestros ancestros y nuestra espiritualidad está enraizada a nuestros territorios, sin territorio no hay espiritualidad*. (El subrayado es nuestro)

Como puede advertirse, se destaca la lectura ecológico-política aguda de quienes *ven más de cerca* el modo en que se arrasa el planeta. Es importante destacar aquí la cercanía de

ciertos diagnósticos contemporáneos por parte de geólogos, especialistas en el Sistema Tierra y otros, que han denominado de diferentes maneras: Antropoceno (Stoermer, 1970; Crutzen y Stoermer, 2000, entre otros), Capitaloceno (Moore, 2020), Plantacioceno (Tsing, 2015), Sexta Extinción Masiva de Especies (Leakey y Lewin, 1996; Kolbert, 2014; Eldredge, 2001; entre otros), etc. Si bien no hay acuerdo en las denominaciones, así como tampoco en la datación del origen (o la profundización) de esta crisis ambiental a escala global, se trata del peligro de toda la biodiversidad del planeta.

Frente a este peligro, hay miradas que tienden a pensar en términos de ‘fin del mundo’, es decir, a posicionarse en el diagnóstico desde el lado puramente negativo del fenómeno en cuestión. Otras buscan en el mismo movimiento teórico brindar una perspectiva de *porvenir* –como la idea de “seguir con el problema” y el “Chthuluceno” de Haraway (2016). Para quienes no buscamos delegar en la ciencia el modelo epistemológico de nuestro presente como una mirada definitiva o absoluta, en otras palabras, una solución a la crisis ambiental-social-planetaria, se torna interesante abordar estas miradas no modernas, entre ellas, la vinculación entre territorio y espiritualidad, cuestión a la que me dedicaré en la siguiente sección.

## **Experiencias**

En el año 2020 tuve la oportunidad de asistir al taller “Racismo y segregación en las políticas de los Estados coloniales” dictado por Moira Millán (31 de julio 2020). Posteriormente, en el 2021, el Movimiento de Mujeres Indígenas por el Buen Vivir comenzó a organizar los talleres “Hacedoras del Buen Vivir”.

En el primer encuentro se abordó el conflicto de la conformación del Estado Nacional Argentino en 1880 que impulsó la conocida “Campana del Desierto”. Esta campaña consistió en el exterminio sistemático de los pueblos indígenas, de allí que frente al eufemismo que representa la apelación a la imagen de un recorrido por un lugar desértico (a la que suelen incentivar en las escuelas al enseñarnos nuestra historia), deberíamos hablar de “producción de desierto” a la luz de una narrativa de lo salvaje y bárbaro contra la civilización europea. El racismo resultante arroja un sinfín de consecuencias terribles (marginación, pobreza, desprecio, chineo) frente a la igualdad ontológica del buen vivir, allí donde la tierra suena, habla (*mapuzugun*)<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> El nombre más utilizado para denominar el idioma mapuche (*mapu*: tierra; *zugun*: sonar, hablar).

Desplazados de sus tierras, aquellas que a partir de la llegada del *winka* fueron repartidas en el gesto engañoso, forzado y performativo de generar un título de propiedad que nunca antes habían poseído (Ramos y Canuqueo, 2018, p.28). Justamente, la tierra no es apropiable, más aún, *se le pide permiso a la tierra* para poder extraer de ella frutos o en el caso de que se mate un animal, se utiliza en su totalidad (ingesta, ropa, etc.). No hay apropiación, sino contacto permanente. “Todo está unido a la tierra”, “hay un vínculo de reciprocidad con los elementos”, señala Evis Millán (mapuche). Y es por ello que el terricidio también es la extinción de pueblos enteros desplazándose de sus territorios.<sup>4</sup>

La mayoría de estas mujeres son docentes interculturales bilingües, aunque también existen pueblos en situación de proceso incipiente de recuperación de la lengua, como es el caso del pueblo Lule. Las historias no son las mismas para todos, no obstante, algunos elementos pueden destacarse como comunes: la importancia de la espiritualidad como modo de vivir en comunidad. A través de diferentes prácticas, *i.e.*, la danza, el canto con caja, la alfarería, la presencia de determinados animales que implican el contacto con lo ancestral, allí donde lo sobrenatural impide la distinción entre naturaleza y cultura humanista. En la alfarería y la confección de artesanías, por ejemplo, Nadia Chumbita habla de un trabajo de “plasmación espiritual”.

La epistemología se construye como un tejido heterogéneo de prácticas, recetas de cocina, relatos, cantos y sueños<sup>5</sup> que rompen con la linealidad del tiempo en el denso tejido de las memorias ancestrales.

### **Aportes antropológicos / etnográficos**

La temática del buen vivir recorre las tierras de la Abya Yala anudando comunidades que nos enseñan que “el mundo más allá de lo humano no es un mundo sin significado” (Kohn, 2021, p.98).

La noción de “sumak kawsay” que describe Manari Ushigua en las primeras páginas de *Cómo piensan los bosques* parece estar en consonancia con ello, ya que “es un concepto que viene desde el mundo espiritual y nos enseña la importancia de estar

---

<sup>4</sup> Claudia Corol (2016, 9) señala de forma clara que “El acceso a la tierra es uno de los problemas más graves que enfrentan las mujeres rurales en América Latina y en el mundo, y está en la base de muchos otros problemas “invisibles” para la sociedad”. En este sentido, se propone en su texto analizar esta situación, como uno de los fundamentos materiales y culturales del sistema patriarcal, capitalista y colonial de dominación.

<sup>5</sup> Los sueños ocupan un lugar central dentro del chamanismo, allí se dan también entrelazamientos espirituales. Otros mundos se comunican con este a través del lenguaje del sueño, lo cual posibilita efectuar diagnósticos y adivinaciones (Cf. Romero, 2012).

equilibrados con el mundo de la selva” (Kohn, 2021, p.xvi). Este equilibrio se logra en los sueños, ya que es por medio de los sueños que “entramos al mundo espiritual” (Ídem). El *sumak kaway* es una forma del buen vivir, una orientación ética que viene del mundo viviente. *Sumak* significa “armoniosa” en kichwa, por lo que conectar con la vida espiritual es sinónimo que conectar con lo que acontece en la selva, con aquello que emerge en el vivir y es por ello que “nuestra crisis ecológica es también una crisis espiritual” (Kohn, 2021, p.xvii).

Vida y pensamiento no se separan para el buen vivir, por el contrario, la mirada moderna solo insiste en esta separación para poder apropiarse de la vida, más aún, para dominar la vida desde una sola forma de vida que arrasa con cualquier diferencia y desprecia lo que no se ajusta a sus criterios de demarcación epistemológicos. La polifonía epistemológica viviente parece asustar al *winka* y su limitada concepción de ciencia como sinónimo de sabiduría. La idea de Ilustración como “desencantamiento del mundo” ahondó en nuestros pensamientos a tal punto de que aplicamos estas restricciones a pluriversos completamente heterogéneos como pueden ser las cosmologías animistas. Impera la necesidad de establecer otras coordenadas y entrelazamientos entre materia y espíritu, y entre vivientes, humanos o no. Como señala Kohn: “apreciar lo que podría significar ‘vivir’ (en kichwa, *kawsa-nga-pa*) en mundos que están abiertos a lo que se extiende más allá de lo humano nos podría permitir volvernos un poco más ‘del mundo’” (2021, p.41).

El discurso supuestamente neutral, desinteresado y científico del mundo natural encubre una teología política de la naturaleza que ha sido enmarcada en la supremacía óntico-ontológica de un tipo de humano, el *ánthropos*, entendido una vez más como *ens creatum* y otorgándole, de este modo el dominio de lxs otrxs vivientes. El abandono de este relato teológico descentra el idealismo de la naturaleza, su pasividad y unicidad, así como también los modos en que pensamos y vivimos el ser-con-otrxs. En este sentido, el siglo XXI, el colapso ambiental, fruto del desgarramiento de esa alteridad que la biodiversidad constituye, desafía nuestros esquemas de pensamiento clásicos y nos confina a una tarea de reaprendizaje, donde nuestras hipótesis se tornan aún más tentativas que en el pasado.

Las perspectivas epistemológicas que la academia nos ha legado constituyen una delimitación profundamente injusta con quienes han quedado del lado de lo colonizado o lo no moderno. En este sentido, considero que es de suma importancia volcarse hacia estos relatos en un intento de ampliación epistemológica que pueda brindarnos nuevas

perspectivas. No porque ellas sean realmente nuevas, sino que solo lo son para quienes hemos vuelto la mirada hacia ellas recién ahora.

Nada mejor para sumar estas nuevas voces para abandonar la soledad moderna, acompañando los latidos de nuevas perspectivas que nos enseñen a vivir y morir bien, no mejor. Lejos de toda idea de confort y “autofascinación solipsista” (Ídem), el buen vivir nos trae nuevas preguntas y experiencias, poniendo en contacto lo que había separado, abrazando la finitud y no en oposición a esta, en aras de pensar desde una igualdad ontológica postantropocéntrica.

Las diferencias irreductibles entre cada pueblo-nación, incluso de los 36 que habitan en el Estado argentino no son, por lo demás, faltas de significado. La generalización que este texto ensaya se apoya en las tendencias teóricas que la etnografía y la antropología, en su vertiente posestructuralista y posthumana invitan a realizar este montaje de elementos de lo común como modo de traducción, siempre imposible. La generalización, así como también la traducción de estas formas de vivir se encuentran en nuestra sangre (en los *cuerpos territorios*) y, no obstante, permanecen muchas veces no advertidas, en el modo de una latencia que lleva a la ebullición.

## **Bibliografía**

Álvarez Ávila, Carolina. “Movimiento de Mujeres Indígenas por el Buen Vivir: marchando entre la política, lo político y lo ontológicamente diverso en Argentina” en *Revista Nuevo Mundo. Mundos Nuevos*: 8/10/2019: <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.76814>

Butler, Judith, *Vida precaria*, Buenos Aires – Barcelona, Paidós, 2004.

Benjamin, Walter. “Sobre el concepto de historia” en *Tesis sobre el concepto de historia y otros ensayos sobre historia y política*, Madrid, Alianza Editorial, 2021.

Corol, Claudia. *Somos tierra, semilla, rebeldía. Mujeres, tierra y territorio en América Latina*. Coedición de GRAIN, Acción por la Biodiversidad y América Libre. Investigación realizada con el apoyo de la Fundación Intermon-Oxfam, 2016.

Crutzen, Paul J. y Stoermer, Eugene F. “The 'Anthropocene'”, en *Global Change*, 2000, 41, pp. 17-18.

Danowski, Deborah y Viveiros de Castro, Eduardo. *¿Hay un mundo por venir?*, Buenos Aires, Caja Negra, 2019.

Derrida, Jacques. *Espectros de Marx*, Madrid, Trotta, 1995.

- *La hospitalidad*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 2000.
- Eldredge, Niles. *The sixth extinction*. Original article in ActionBioscience.org, American Institute of Biological Sciences, 2001.
- Haraway, Donna J. *Staying with the trouble. Man Kin in the Chthulucene*, Durham and London, Duke University Press, 2016.
- Kohn, Eduardo. *Cómo piensan los bosques. Hacia una antropología más allá de lo humano*, Buenos Aires, Abya Yala y Hekht, 2021.
- Kolbert, Elizabeth. *The sixth extinction: An unnatural history*, A&C Black, 2014.
- Leakey, Richard y Lewin, Roger. *La sexta extinción, el futuro de la vida y el planeta*, Barcelona, Tusquets, 1998.
- Latour, Bruno. *Nunca fuimos modernos. Ensayos de Antropología simétrica*, Madrid, Editorial Debate, 1993.
- Moore, Jason. *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación del capital*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2020.
- Ramor, Ana y Canuqueo, Lorena. “Para que el winka sepa que este territorio lo llamamos de otra forma: Producción de memorias y experiencias de territorio entre los mapuche de Norpatagonia”, en *Runa*, vol.39, n.1, 2018, pp.23-40.
- Romero, Luis Eduardo León. *Chamanismo ancestral indígena en el encuentro del sí mismo*, Bogotá, Universidad Cooperativa de Colombia, 2012.
- Tsing, Anna. L. *The Mushroom at the End of the World: On the Possibility of Life in Capitalist Ruins*, Princeton University Press, 2015.
- Viveiros de Castro, Eduardo. *La mirada del jaguar. Introducción al perspectivismo amerindio*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2013.
- Código minero, crisis hídrica y espacios sagrados, ejes de la segunda marcha de mujeres originarias en *Telam*: 15 de abril 2016, URL: <http://www.telam.com.ar/notas/201604/143581-codigo-minero-crisis-hidrica-y-espacios-sagrados-ejes-de-la-segunda-marcha-de-mujeres-originarias.html>



## Carta Manifiesto / Colectivo Mirá

El colectivo Mirá es un colectivo cultural de mujeres con perspectiva ecofeminista, compuesto por escritoras, periodistas e investigadoras, cuyo objetivo es contribuir a la instalación del debate sobre la emergencia climática y su relación con el modelo neoextractivo en Argentina y la región latinoamericana. Nuestras propuestas apuntan a desarrollar otros lenguajes de valoración (eco-literario), a fin de potenciar el lenguaje científico y las voces de los territorios, en relación con las problemáticas socioambientales, con el objetivo de interpelar a la sociedad y movilizar un amplio debate cultural. Para ello, consideramos necesario impulsar nuevas estrategias de comunicación e interpelación del público. Una coalición heterogénea sin precedentes de científicxs, artistxs, escritorxs, periodistxs, directorxs de cine, músicxs, asambleas de base en los territorios y pueblos indígenas, entre otros, se unieron para rechazar el recientemente aprobado desarrollo petrolero offshore en el mar argentino. “#Mirá” está respaldado por un amplio abanico social cuestionando la narrativa oficial de que la explotación hidrocarburífera es la única opción que salvará a la Argentina de la pobreza y de sus compromisos externos. Eso no es Soberanía. Soberanía es cuidar nuestro mar, nuestras poblaciones y nuestros territorios.



### Manifiesto

En el centro mismo de nuestra visión hay un punto que no ve. Lo llaman “punto ciego”. El punto ciego no reconoce que no ve la imagen completa. Así está actuando nuestro gobierno: el sesgo argumental y el prejuicio respecto del ambientalismo es su

respuesta ante la urgencia de cambiar un rumbo que arrastra una inercia de más de un siglo. Ese agujero cognitivo de quienes gobiernan construye imágenes iguales a sí mismas, modelos de un mundo que ya no puede existir más: llegamos al límite.

Vos no cierres los ojos, mirá.

Mirá las promesas repetidas de funcionarixs y empresarixs en la tele cuando dicen que “ahora sí hay un Ministerio que va a controlar”, “que esto ya se hizo muchas veces, que no se va a notar, que el petróleo a las playas no va a llegar, que nada malo va a pasar, que no hay animales ahí a donde van a bombardear para luego perforar”.



Mirá lo que pasa en realidad: nunca antes en nuestro país se perforaron las capas profundas del mar, Equinor tiene más de un accidente en su haber, en la audiencia pública de julio pasado más de 400 personas, entre ellxs lxs científicos marinos y organizaciones ecologistas advirtieron que la intensidad del sonido de los bombardeos acústicos para las exploraciones sísmicas es suficiente para destruir los tímpanos, y que ahí, donde las quieren estallar, existe un corredor biológico en el cual se alimentan ballenas, nadan delfines, migran pingüinos.

Mirá los controles estatales en los países que se ponen como ejemplo de lo que se busca hacer acá: hay derrames, explosiones y catástrofes. En Estados Unidos se calcula que por año 3.361.445 litros de petróleo terminan “accidentalmente” en sus aguas. Deepwater Horizon –en el Golfo de México en 2010– voló por los aires, dejó once muertos y 795 millones de litros de petróleo que aniquilaron ecosistemas enteros y economías locales desde Louisiana y Florida hasta Tamaulipas, Veracruz y Tabasco. El registro de Brasil sobre derrames, contabilizados desde 1975, llega a más de 30 y el petróleo se devora las playas.

Mirá cómo no subsidian las energías renovables para avanzar en una “transición energética”. Mirá cómo desde que se sancionó la Ley de Bosques en 2009 se desmontaron 3.500.000 hectáreas. Mirá cómo obturan la aprobación de la ley de humedales, no financian la Ley de Bosques y bajan las retenciones a mineras y petroleras, subsidiando así el ecocidio.

Atrapados en la “deuda”, dicen que hay que sacarle un dólar más a la tierra, que no queda otra. Sin embargo, cuando un país empobrecido como el nuestro vende lo más rico, se vuelve más pobre y vencido, como nos consta dolorosamente. Se susurran acuerdos a nuestras espaldas y cada vez la población debe salir a la calle a gritar ¡NO!

Mirá a esas personas sonando desde sus territorios a quienes nunca escuchan.



Hay algo más que mirar. Mirá la pobreza.

Ahora se nos dice que la extracción petrolera offshore va a acabar con la pobreza en el país. Mirá: lo mismo se dijo cuando se introdujo la soja transgénica en 1996 y hoy tenemos más de la mitad de la tierra cultivable ocupada por soja, exportaciones récord, y al 60 % de lxs niñxs en situación de pobreza, muchos de ellxs, además, fumigadxs con glifosato.

Mirá a Catamarca con la megaminería: hoy es una de las provincias más pobres y asistidas del país. Mirá el fracking de Vaca Muerta, los basureros petroleros y los sismos.

## ¿DE QUIÉN ES EL AGUA?

**Los megaproyectos extractivos:** minería a cielo abierto, megafactorías de cerdos, fracking, industrias agrotóxicas, construcción urbana desmedida. Usan millones de litros de agua por día que dejan sin recursos a comunidades, campesinados, pueblos originarios y pequeñas localidades.

MIRÁ

Mirá lo que se llevarán las petroleras por la explotación offshore, y lo poco que dejan en el país: apenas el 6% ¿con eso van a solucionar la pobreza?

Mirá cómo te piden, para que la destrucción y el saqueo avancen, que no mires “arriba”, que no mires el clima, no mires al otrx, a los pueblos originarios, no mires el mar. Que no mires al humedal, a los animales, que no mires a los pueblos fumigados, a lxs niñxs con plomo en la sangre, no mires el desastre socioambiental.



Mirá la imagen completa.  
Mirá: es un acto de resistencia.

El punto ciego y el sesgo informativo son la debilidad del “desarrollo” que inventa una grieta y propone identificar en el “ambientalismo” al enemigo mientras nos conduce cada vez más rápido hacia un único destino: el de un territorio muerto.

No hay licencia social para un negocio destructivo más.

#Mirá  
#Atlanticazo  
#noalasetrolerasoffshore  
#Soberaníaescuidarnuestromar

Soledad Barruti, Gabriela Cabezón Cámara, Maristella Svampa, Claudia Aboaf (EscritorasNohayCulturasinMundo). Marina Aizen, Laura Rocha y Pilar Assefh (Periodistas por el Planeta).

Mempo Giardinelli, escritor. Lucrecia Martel, cineasta. Guillermo Martínez, escritor. Darío Sztajnszrajber, filósofo. León Gieco y Alicia, Lisa y Johana Gieco. Guillermo Saccomanno, escritor. Nora Cortiñas, Madre de Plaza de Mayo. Adolfo Pérez Esquivel, Premio Nobel de la Paz, SERPAJ. Jorge Nawel, Confederación Mapuche del Neuquén. Juana Antieco activista mapuche Tehuelche de la comunidad de costa de lepa Chubut. Ricardo Darín, actor. Verónica Llinás, actriz. Erica Rivas, actriz. Natalia Oreiro, actriz. Alan Pauls, escritor. Miguel Rep, dibujante, historietista. Marta Dillon, periodista y escritora. Rita Segato, antropóloga. Maitena Burundarena, historietista, humorista. Elena Liberatori, jueza. Leonor Manso, actriz. Dolores Fonzi, actriz. Mirta Busnelli, actriz. Celeste Cid, actriz. Albertina Carri, directora de cine. Inés Estévez, actriz. Alejandra Darín, actriz. Vera Giaconi, escritora. Ricardo Romero, escritor. Pía Bouzas, escritora. Liliana Felipe, música. Samanta Schweblin, escritora. Selva Almada, escritora. Dolores Reyes, escritora. Carla Maliandi, escritora. Ivana Romero, escritora. Maria Sonia Cristoff, escritora. Gabriela Saidon, escritora. María Ines Krimer, escritora. Sivia Hopenhayn, escritora. Gabriela Massuh, escritora. Andrea Pietra, actriz. Daniel Grinbank, productor y representante artístico. Romina Sbarbati, abogada. Luisa Prigioni, Chef. Lucila Brea, actriz. Julieta Zilberbeg, actriz. Marcela Klosterboer, actriz. Federico D´Elia, actor. Loli Molina, música. Anabel Cherubito, actriz. Andrea Ronco, productora. Flor Bas. Lorema Miraglia, productora. Diego Gismondi, editor. Julieta Diaz, actriz. Gimena Acardi, actriz. Pablo Bergel, sociólogo. Gastón Chillier, abogado. Enrique Viale, Asociación de Abogados Ambientalistas de Argentina. Rubén Lo Vuolo, economista. Patricia Pintos, geógrafa. Graciela Speranza, escritora. Juan Sola, escritor. Edgardo Cozarinsky, escritor. Gloria Peirano, escritora. Carolina Cobelo, escritora. Lucia De Leone, investigadora. Marcelo Guerrieri, escritor. Vanessa Guerra, escritora. Mariana Travacio, escritora. Sebastián Martínez Daniell, escritor y editor. Silvina Gruppo, escritora. Debora Mundani, escritora. Cecilia Szperling, escritora, Fernanda García Lao, escritora. Enzo Maqueira, escritor. Nico Biedel, ediciones Econauta. Verónica Borsani, diseñadora gráfica. Diego Axel Lazcano, diseñador gráfico. Verónica Gago, militante feminista y editora. Juana Molina, música y actriz. Pilar Gamboa, actriz. Elena Roger, artista. Maria Virginia Godoy, actriz. Malena Solda, actriz. Victoria Hernández, actriz. Mercedes Azpilicueta, artista. Agustina Muñoz, dramaturga. Jazmín Stuart, actriz. Elisa Carricajo, actriz. Margarita Molfino, actriz. Bárbara Lombardo, actriz. Noemí Frenkel, actriz. Celina Font, actriz. Patricia Zangaro, dramaturga. María Alché, actriz. Katja Alemann, actriz. Carolina Violette, actriz. Julia Catalá, actriz. Dana Basso, actriz. Benjamin Naishtat, director de cine. Alejandro Fadel, director de cine. Juan Schnitman, director de cine, Nahuel Perez Bizcayart, actor. Denise Najmanovich, Docente universitaria e investigadora. Ricardo A Guichon (Conicet Leeh UEUQ FACSO UNCPBA). Inti Bonomo, licenciado en ciencias ambientales. Guillermo Folguera, biólogo y filósofo investigador de CONICET. Silvina Pezzetta, investigadora de CONICET. Matías Blaustein, investigador de CONICET. Gabriel Blanco, científico UNICEN. Damian Marino, Centro de Investigaciones del Medio Ambiente, UNLP. Enrique Gandolfo, Sec. Gral. De la CTA Bahía Blanca. Alejandra García, Fundación Franz Weber. Claudio Campagna, escritor y científico WCS. Valeria Falabella, WCS Argentina. Marcos Filardi, abogado. Alejandra Sánchez Cabezas, médica sanitarista. Amelia del Sueldo Padilla, médica. Santiago Levin, médico psiquiatra, Cora Lugercho, médica psiquiatra. Alicia García, médica. Silvia Antognoli, médica. Graciela Jacob, médica. Julián Maliandi, Músico. Alejandro Ciancio, músico activista. Natalia Brizuela, Universidad Berkeley California. Guillermo Schnitman, veterinario. Diego Taboada, Instituto de Conservación de Ballenas (ICB). Mariano Sironi (Director Científico ICB). Roxana Schteinbarg (Directora de Conservación ICB). Pablo

García Borboroglu, Global Penguin Society (GPS) y Conicet. Sergio Elguezabal, periodista. Luciana Peker, periodista y escritora. Sandra Miguez, periodista. Flavia Pittela, periodista. Ezequiel Adamovsky, historiador. Paula Rodríguez, periodista y escritora. Matías Piñeiro, director de cine. Ana Gallardo, artista. Juan Carlos Kreimer, escritor y docente. Pipo Lernoud, periodista. Maria Rosa Lojo, investigadora y docente. Marina de Caro, artista. Silvana Lacarra, artista. Mónica Millán, artista. Elba Bairon, artista. Katia Adai, escritora. Maria Laura Perez Grass, investigadora y escritora. Julieta Laso, música. Delfina de Estrada y Victoria Volpini, artistas (Fábrica de Estampas). Carlos Kravetz, artista plástico. Pablo Rugiero, artista (Atelier Burano). Romina Paula, escritora y directora. Carlos Aguirre, músico. Jorge Fandermole, músico. Leticia Manzur, performer y directora. Noelia Billi, Paula Fleisner y Guadalupe Lucero, filósofas (Colectiva Materia). Marcelo Cohen, escritor. Roberto Gargarella, abogado, constitucionalista. Pablo Bertinat, ingeniero, UTN. Malena Blanco, fundadora de VOICOT. Ana Longoni, escritora, especialista en arte. Claudia Acuña, periodista. Gastón Gordillo, antropólogo, Universidad British Columbia. Ana Torrejón, periodista. Silvia Martínez Cassina, periodista. Valeria Kovadloff, coreógrafa. Claudia Regina Martínez, periodista. Adriana Loruso, Periodista. Gonzalo Aloras, músico. Inés Hayes, periodista. Gabriela Merlinsky, socióloga. Adrian Gorelik, arquitecto. Maria Carman, antropóloga. Nancy Fernández, docente investigadora UNTDF. Carolina Muzi, periodista. Flavia Costa, investigadora CONICET. Carmen Báez, coordinadora MSP Subregión Sur. Ernesto Seman, politólogo, historiador. Marie Álvarez, dramaturga. Sergio Val, Secretario de Asistencia Social CTA Autónoma, Oscar Soria Avaaz. Pablo Lada, Movimiento Antinuclear del Chubut (MACH). Pía Marchegiani (abogada activista). Sergio Elguezabal, periodista. Rubén Digilio, fotógrafo. Horacio Machado Araoz, Investigador del Colectivo de Ecología Política del Sur - IRES, Conicet-Unca. Esteban Servat, Alianza mundial contra el fracking (Berlín y Mendoza). Bibiana Ricciardi, escritora. Martin Bergel, historiador. Marcelo Giraud, geógrafo, UNCU. Alex von Foester, Alimento y Conciencia. Rosa Viviana Soto, profesora universitaria. Cristina del Río, Psicoterapeuta. Daniel Bracamonte Movimiento De Raíz. Pablo Stefanoni, Periodista. Mariano Sanchez Toranzo, Campaña Plurinacional por la defensa del Agua. Myriam Bregman, diputada nacional FIT. Maria Mascheroni, poeta y psicoanalista. Rulo Bregagnolo, Misiones. Laura Ponce, escritora y editora. Marco Antonio Caponi. Mónica Antonopulos. Marta Betoldi, guionista. Cristina Mucci, periodista. Juan Bautista Diuzeide, escritor. Jessica Gentile- Red Ecosocialista. Víctor de Gennaro, Leticia Quagliaro y Marta Maffei (Unidad Popular). Ricardo Peidro, Claudia Baigorria y Hugo Cachorro Godoy (CTAA). Silvana Buján (Mar del Plata), periodista ambiental, BIOS/ReNAcE. Guido Indij, editor. Luciano Kordon,- El Árbol, escuela de Permacultura. Fabiana di Luca, artista isleña. Antonia Guzmán-Proyecto Arde Tierra. Marcela Cabutti, artista visual. Martin Kovensky, artista visual, Madeleine Wolf-Fundación Urdir y poesía guerrera. Esteban Rodriguez Alzueta, investigador UNQ. Irene Chikiar Bauer, escritora. Marisa Negri, poeta isleña. Gustavo Funes, Movimiento Popular Liberación (MPL). José María Musmesi-Fundación Patagonia Natural. Sofía Astelarra (OHD -IIGG), Agustina Iwan, becaria Conicet, Mar del Plata. Eduardo Molinari, artista visual. Azul Blaseotto, artista visual. Alejandro Meitin-director de casa Río Lab. Julia Molinari, cantante. Pheonia Veloz, investigadora UNLP, Mónica Oliver, poeta. Tato Corte, alfarero. María de Michelis, cocinera. Susy Shock artista trans.m Proyecto Visitantes, Neuquén. Florencia Santucho, Directora de FINCA Festival Internacional de Cine Ambiental. Jorge Daneri, abogado (Paraná/Amsterdam). Damián Marino, investigador CONICET. Juan Mendoza, investigador CONICET.

Matias Hernan Almenares, constructor isleño. María de los Ángeles de Rueda profesora, investigadora UNLP. Connie Isla, música. Loli Molina, música.

Pacto Ecosocial e Intercultural del Sur  
Periodistas por el Planeta  
EscritorasNoHayCulturaSinMundo  
Asamblea Mar Libre de Petroleras.  
Asamblea por un Mar Libre de Petroleras, Mar del Plata.  
Ecoasamblea Parque Camet, Mar del Plata.  
Asamblea de Miramar.  
Miramar sin petróleo  
Tierra Protegida (Miramar)  
Asamblea vecinal Puerto Pirámides  
Asamblea No a la Mina de Esquel.  
Multisectorial contra la zonificación Minera de Puerto Madryn.  
Multisectorial Humedales.  
Unión de Trabajadores de la Tierra, UTT.  
Asamblea Popular por el Agua (Mendoza)  
Asamblea de Vecinos Autoconvocados de Uspallata (Mendoza)  
Asamblea Tupungato por agua pura (Mendoza)Asamblea por el agua San Rafael (Mendoza)  
Asamblea de Las Heras por el Agua Pura (Mendoza)  
Asamblea de Autoconvocadxs Tunuyán por el Agua (Mendoza)  
Asamblea de Luján de Cuyo (Mendoza)  
Asamblea socio ambiental zona este (Mendoza)  
Asamblea Maipucina por el Agua (Mendoza)  
Asociación Argentina de Abogados Ambientalistas.  
Observatorio Petrolero Sur  
Eco House Global.  
Consciente Colectivo.  
Climate Save Argentina.  
Red de Abogadas y Abogados por la Soberanía Alimentaria (REDASA)  
Coordinadora MSP subregión sur.  
Campaña Plurinacional en defensa del Agua  
Movimiento Territorial Liberación, MTL, Chubut.  
Propuesta Tatu.  
Actrices Argentinas  
350.org America Latina  
CTA Bahía Blanca.  
ConCiencia Agroecológica 9 de Julio.  
Calisa UNLP. CaLiSA 9 de Julio.  
Nodo Brote Nativo (Concordia)  
Asamblea verde mundo reserva forestal  
Instituto de Salud Socioambiental - Facultad de Cs. Médicas - UNR. Círculo de Soberanía Alimentaria UNSAM.  
Grupo de Etnobiología-FCEN-UBA.  
Museo del Hambre. Seminario sobre el Hambre y el Derecho a la Alimentación Adecuada de la Facultad de Derecho de la UBA.



Colectivo de Soberanía Alimentaria de Punta Indio (Buenos Aires). Cátedra Libre de Soberanía Alimentaria y Agroecología (Calisaya) de la Universidad Nacional de Luján.  
CaLiSA ISFD Polo Educativo IMPA. CaLiSA UNCUYO, Mendoza.  
Cátedra de Ambiente y Nutrición, Facultad de Ciencias Médicas UNLP. Salud para todos Argentina. Seminario de Soberanía Alimentaria y Salud Socioambiental. Facultad de Ciencias Médicas. Universidad del Comahue, Cátedra abierta Ambiente y Sociedad.  
Ecos de Saladillo.  
Feria Agroecológica de Córdoba.  
Proyecto 4 patas.  
Todos frente al Chagas.  
Grupo ecologista Cuña Pirú de Aristóbulo del Valle, Misiones.  
Grupo de Investigación Geopolítica y Bienes Comunes (UBA).  
Grupo de Estudios Críticos e Interdisciplinarios de la Problemática Energética (GECIPE)  
Biblioteca Popular y Sociedad de Fomento Santa Genoveva, arroyo Felicaria Delta de San Fernando.  
Grupo Humedales La Plata, Berisso y Ensenada.  
Casa Río arte ambiente, asociación civil  
Unidad Popular y Central de Trabajadores de la Argentina-Autónoma (CTAA)  
APDH Esquel  
APDH Regional Tuyú Sur  
Diálogo 2000-Jubileo Sur Argentina  
APDH regional Río Tercero  
APDH regional Noroeste del Chubut  
Autoconvocatoria por la Suspensión de pagos e Investigación de la Deuda  
Fundación La Hendija, Paraná, (Unidad de Vinculación Ecologista-UVE)  
Asamblea Verde Mundo Reserva Forestal Educativa.  
Proyecto Reserva Natural Municipal de Tigre.  
Movimiento Nacional de salud Laicrimpo.  
Julia Lernoud-Young Organics Global Networks  
Giovanna Rivero, escritora, Bolivia  
Magela Baudoin, escritora y periodista, Bolivia.  
Marcial Gala, escritor, Cuba  
Maielis Gonzalez Fernandez, escritora, Cuba  
Alberto Acosta, economista, ex presidente de la Asamblea Constituyente, Ecuador  
Jesusa Rodríguez, dramaturga, ex senadora de Mexico.  
Juan Beherend, economista y novelista, ex Sec. Gral. Partidos Verde Europeo (Bruselas)

Para frenar la exploración de hidrocarburos offshore en toda la costa Atlántica  
Apoya y firmá en este link  
<https://chng.it/gT2MSPtL9s>

Hemos explotado los cuerpos en todas sus formas, en crímenes sexuales, crímenes ecológicos y crímenes políticos. La Naturaleza violada parece el permiso para todas las violaciones reiteradas. Los cuerpos entretienen vínculos de amor y codependencia, pero también de poder y quienes disponen de los cuerpos y los territorios para su explotación o exterminio nos encaminan a un futuro opaco. Las perturbaciones ecológicas exacerbaban las desigualdades por el poderío colonial sobre los recursos energéticos del planeta. Durante esta era de la demencia llamada Antropoceno, la devastación de territorios y de bienes comunes -la crisis climática- se suma al auge de las nuevas derechas con discursos antifeministas y el retroceso de derechos sobre los cuerpos de las mujeres, como la revocación constitucional al derecho al aborto en Estados Unidos y el regreso talibán en Afganistán. Es un desesperado y desesperante intento por mantener un estado de las “cosas”, un poderío atado al capitalismo fósil. Asistimos a la violencia de una civilización que ha basado su monstruoso crecimiento en la cosificación. Según ese credo, los cuerpos disidentes, los de las mujeres, los recursos planetarios y los de los vivientes no humanos son materia a gobernar. ¿Cuáles son los cuentos que nos hemos contado para justificar ese dominio y provocar tanta muerte? Esta visión del mundo no es sólo un mapa mental, es una forma de hacer mundo. Hemos vivido demasiado tiempo en la ficción de que somos los únicos sujetos parados sobre un mundo de objetos. Cuando hablamos de “La Naturaleza, sujeto de derechos”, se trata de garantizar la preservación de la funcionalidad de sus ciclos, de su existencia para el sostenimiento de los sistemas de vida; a vivir libre de contaminación para la reproducción de la vida de la Naturaleza y todos sus componentes”. También es este un derecho humano.

Pero en la resistencia de la “cosa” existe un biopoder que se manifiesta: es la noción del cuerpo colectivo, ya no como individualidades, sino como subjetividades entramadas con un eco fenomenal en las luchas y en las resistencias. Es este el fundamento de la ecología: son las relaciones entre los distintos seres las que afectan al sistema. A cualquier sistema, incluso al capitalista. Las mujeres sabemos de luchas y hemos salidos a la calle como un cuerpo común, uno que pisa fuerte. Cuerpo a cuerpo,

de manera intergeneracional, para cambiar leyes y también para experimentar ese biopoder con-junto.

Los cuerpos orgánicos e inorgánicos, los objetos naturales y culturales son todos afectivos dice Jane Bennet en su libro *Materia vibrante* (2022). El afecto en el sentido de la fricción activa que produce el intercambio cuerpo a cuerpo, ya que en la micropolítica de los cuerpos todo vibra.

¿Pero cómo retomamos esa conversación con lo que se ha cosificado? Los pueblos originarios nunca han interrumpido esa conversación, tampoco la poesía. En los tiempos propios de esos pueblos prexistentes, tan distintos a los de la productividad capitalista, la biosfera es un “ser vivo” con quien dialogar. Pedir permiso a diario a la Pachamama mediante un rito matinal es un asunto de gran importancia. En definitiva, es la fuerza de la noción de “comunidad” lo que los guía. Y es en la interconectividad de los cuerpos que surge la fuerza de la resistencia.

En Alfarcito, Jujuy, vive una de las comunidades que resisten a la minería del litio, cada mañana conversan con la Pacha. Luego de hacer un pequeño hoyo con las manos en la tierra, y encender un fuego modesto que vuelve humo las hierbas para así respirarlas, arrojan líquidos al hoyo para completar los cuatro elementos que conforman el sistema planetario; son las voces, las coplas, los agradecimientos el último ingrediente que se suma a la cosmogonía de un mundo animado cósmico, donde hay continuidad entre la persona interior y el mundo exterior. La visión desencantada de las cosas es una tragedia en donde se escapa el sentido y la vivacidad. Y trae la modificación irreversible del mundoambiente. La sensibilidad ecológica, el “afecto” de los cuerpos colectivos lleva a la toma de decisiones en asambleas en las comunidades de la Puna, cada vez son más las mujeres las “comuneras” en quienes confían esta modalidad que es un agente activo que cohesiona su mundo. Todo lo animal, vegetal, mineral, incluso el mundo de las herramientas -mundo cibernético- desencadena fuerzas que interactúan dentro de un campo magnético, tanto como las relaciones componen ecosistemas vinculares. En un mundo de sujetos activos, las jerarquías se disuelven. ¿Podremos sostener una conversación inteligente de sujetos con sujetos?



Claudia Aboaf, Gabriela Cabezón Cámara y Maristella Svampa en Salinas Grandes, Jujuy. Enero 2023.

Estamos en la justa fractura de una visión del mundo. Apenas pisamos la inestable base de comprensión de sujetos-no objetos, apenas comienza a abordarse la Naturaleza como sujeto de derecho que implica un esfuerzo para la mente al integrarse a un cosmos vivo y comenzamos a experimentar el afecto de ecosistemas colectivos con toda su fuerza; por cada derecho humano y no humano nos acercamos a una reversion del mundo para dejar atrás las categorías fosilizadas. En este caos hay un flujo mutante y maleable en el que lo cósmico revela su resistencia y su vivacidad. Es el ecofeminismo que aporta una mirada del “rescate de la cultura del cuidado como inspiración central para pensar una sociedad sostenible, a través de valores como la reciprocidad, la cooperación y la complementariedad”<sup>6</sup> para entramarse con justicia en el mundoambiente.

---

<sup>6</sup> Maristella Svampa Este artículo es copia fiel del publicado en la revista **Nueva Sociedad** N° 256, marzo-abril de 2015, ISSN: 0251-3552, <[www.nuso.org](http://www.nuso.org)>.

También se registra la agitación en la biosfera del lenguaje. Esta biosfera entendida como el “mundo de los signos y los significados” en el que todos interactuamos, es un sistema que florece al comunicarnos, pero si lo colapsamos sobreviene el caos y ninguna conversación sucede. Se consigue un único punto de vista que lucha por el imperio del decir, se habilitan discursos que dejan una huella nociva, también en los cuerpos. El lenguaje es también un espacio de contención con códigos ante la violencia pero cada uno tiene una versión que descargar sobre los otros, muy lejos de las conversaciones que los pueblos ancestrales mantienen con la naturaleza. También el lenguaje inclusivo y los neologismos restituyen nominaciones ignoradas o crean otras hibridaciones compostando palabras al estilo de Donna Haraway. Las palabras, vueltas decisiones, pueden usar las herramientas del lenguaje y su hábil mecánica, no sólo para condenarnos, sino también para recuperar el espectáculo terrestre, luminoso, atmosférico, como miembros de una comunidad biótica.

Cada tanto ocurre que las humanidades en riesgo acumulan la vitalidad suficiente para que alternativas que parecen ficcionales operen. En las catástrofes hay veces que se organizan distinto los saberes, pero si uno es cauteloso nada sucede. En todo movimiento social el relato es muy importante y las palabras, pueden usar las herramientas del lenguaje y su hábil mecánica, no solo para condenarnos a una infoesfera tóxica sino también para retomar el ritmo en el gran baile de los cuerpos. Desmercantilizada la Naturaleza, tendremos una relación de convivencia. Y la readecuación de nuestro minúsculo y frágil papel en la biosfera. Necesitamos proyectos, diseños, planos, mapas de ayuda mutua, y mantenerlos vivos y disponibles, montados sobre conversaciones situadas, reales, también con la materialidad vibrante. A cambio si insistimos en la mercantilización de la vida, como dijo Petro, presidente de Colombia recientemente en Davos, es posible que no haya siquiera humanidad.

Rodeada de periodistas, Berta Cáceres, líder indígena lenca que luchó contra la privatización de los ríos, y que fue asesinada en 2016 afirmó que no se harían represas. ¿Cómo lo sabe?, le preguntaron.

-Me lo dijo el río.

También en la literatura encontramos estas conversaciones como en *El río de las Congojas* (1981) de Libertad Demitrópulos, escritora argentina, cuando se pregunta: “¿este es un río o una persona de lomo divino, o es una fuerza que se le ha escapado de las manos a Tupasy, madre de Dios, o a Ilaj, o a mis ojos que ya empiezan a

cansarse de espejar la tanteza de ese cuerpo sin cuerpo?”. Y en el final del poema “Otoñea”, la poeta Adela Bash escribe:  
“El agua balbucea, anárquica y sagrada”

### **Para mí. Palabras preliminares**

Escribir, para mí, nunca ha sido meramente una cuestión de forma ni de procedimiento. Ni siquiera una pretensión tética para definir un proyecto nuevo, modernizante, omnívoro y limitante para generar un estilo que, luego, termina funcionando como una marca dispuesta a la identificación que se vende fácilmente o captura –poderosamente- a más y más lectores. No pasan por mi cabeza y cuerpo esas cuestiones cuando se impone la escritura, salvo que me paguen. Pero en todo caso, ahí puedo elegir en qué quiero que me paguen y en qué no. El poema y la ficción siempre han ido por otro lado que la escritura asalariada como crítico, profesor o gestor cultural. Soy un trabajador de la escritura, pero no de todo lo que escribo. Y eso lo elijo con meticulosidad.

Escribir no tiene importancia, para mí, si no es algo que punza orgánicamente el cuerpo y se impone con una intensidad que impulsa el acto que, al principio, no sé muy bien en qué consiste. Puedo pasar días o meses enteros sin escribir absolutamente nada, salvo un posteo en las redes sociales, que es casi como no escribir. Para mí, no hay problema alguno con esos momentos de descanso de la escritura, donde el cuerpo se prepara para recibir la energía que lo predispondrá a otra aventura. Porque, justamente, para mí, la escritura es cuestión de energía o fuerza venturosa –tal vez vital- que difícilmente sea definible por el lenguaje. Es una cuestión intransferible, casi. Aunque quizá, el modo en que se mueven las palabras, más o menos aceleradas, más o menos enredadas, tenga que ver con cierta traducibilidad de esa energía que impulsa la escritura-cuerpo.

Por eso, cuando me preguntan cómo surgieron determinados poemas o cuentos, me resulta bastante difícil ofrecer una respuesta sin partir de ese momento intransferible en que el cuerpo vibra y punza hasta arrancar escritura. De lo que se trata, en todo caso, para mí, ahora, no es tanto de ofrecer esa respuesta, sino de reponer el momento en que el cuerpo de escritura se activó. Los poemas elegidos para este debate

son parte de un impulso que comienza con la publicación de mi poemario *Un pequeño mundo enfermo* (La Bola Ediciones, 2014), pero que empezó en *Lu Ciana. Plaga xombi sodomita* (Janus, 2013). Desde 2010, Leones, en el sur de Córdoba, la ciudad-pueblo donde nací y donde aún vive una parte importante de mis afectos comenzó a padecer los trastornos acumulados durante años por la presencia de las cerealeras que cruzan de este a oeste, aún hoy, en torno de las vías del ferrocarril, su espacio. Mi tía muere de cáncer, mi padre contrae cáncer, mi abuelo muere de cáncer, más de 20 vecinos que vivían en una distancia de 3 a 4 cuadras de las cerealeras, son diagnosticados con patologías cancerígenas. Un año antes, en 2009, mientras visitaba a mis padres, una lluvia de partículas comenzó a caer en el patio de mi casa y tuve mi primer brote asmático, mucho más fuerte que las alergias respiratorias que me acompañaron desde chico.



Pero me di cuenta que antes, alrededor de los ocho años de edad tuve una cirugía nasal en Marcos Juárez, puesto que tenía una patología que me impedía respirar por la nariz. María Esther, mi docente de música de la primaria, nos alojó en su casa que quedaba justo enfrente de uno de los molinos harineros de esa otra ciudad ruralizada. Esa noche estornudé sin pausa durante horas, lo que me impidió dormir. Sangré de tanto estornudar. Desde ese día soy alérgico. Respirar, para mí, fue un contacto tóxico con las partículas de cereal que durante todo el año levitan en la atmósfera de los pueblos.



En 2010, la fecha no es inocente: el desarrollo de estas enfermedades es silencioso y lleva años, se registra una multiplicación hegemónica del uso de agrotóxicos que en el país comenzó en la década de los años 90. Recién veinte años después comenzaron las consecuencias palpables de esas políticas de la muerte y así fue cómo los vivientes humanos de Leones se presentaron durante más de 3 meses en el Consejo Deliberante a reclamar cambios en las condiciones de vida y a hacer evidente las políticas de manipulación de estudios de impacto ambiental con las que se intentaba engañarlos. Entre la bronca, la desesperación y la angustia ante los cuerpos amados que eran –con evidencia- expuestos a la muerte por el negocio agrícola, algo se me presentó como un impulso de escritura para comprender o, por lo menos, acompañar eso que nos estaba pasando. No se trataba de una denuncia, para mí. No era eso. La denuncia la estaba llevando adelante todo un pueblo. Era una energía difícil de calibrar que se había apoderado del cuerpo y de la escritura con una intensidad inusitada y una inminencia que requería atención. Fue eso: un tiempo donde pusimos el cuerpo y la escritura a prestar atención a eso que sucedía. Había una urgencia que atender, porque de golpe, todxs, a medida que avanzaban los estudios ambientales y de salud de lxs médicxs de pueblos fumigados, sabíamos que cada día era una exposición a la muerte que no tenía pausa. El tiempo pasaba y lxs muertxs y enfermxxs se multiplicaban. Hastiadxs, organizamos hasta una campaña donde enviamos notas a la Intendencia, con muestras de cajas de medicamentos –yo envié la del salbutamol- para que tomaran alguna medida. Si bien me citaron para hablar del problema, nunca concretaron la fecha del encuentro. Poco después, cuando nadie cedía, comenzaron a tomarse medidas. Salieron ordenanzas que impidieron los depósitos de agrotóxicos dentro del casco urbano –lo cual era una risa, porque si no debíamos llorar-, promovieron un área libre de fumigación de pocos kilómetros alrededor del pueblo –que no solo nadie cumplió, sino que es una burla a los estudios sobre el arrastre de particulado en aire de los agrotóxicos-, y se prometió un traslado de las cerealeras fuera de las zonas urbanas, que hasta el día de hoy no se terminó de hacer. En torno de las vías del ferrocarril, donde se encontraba una de las cerealeras, con galpones derruidos y casi vacíos ya con poco o nulo funcionamiento, se construyó un espacio verde y se pintó de multicolor estridente uno de los galpones que hoy se emplea para diversas actividades. El espacio de muerte se convirtió en un punto de fiesta, deporte y cultura, ocultando su pasado.



Algo similar ocurrió en Rosario, ciudad en la que actualmente resido. Las cerealeras de la costa del Río Paraná se convirtieron en *remakes* de la zona de Puerto Madero de CABA en la provincia de Santa Fe, en museos o en paseos para disfrutar del ocio capitalista más frívolo y ostentoso. Los “silos de colores”, como se llama al MACRO (Museo de Arte contemporáneo de Rosario) popularmente, son una pieza de muerte a la que aún hoy me cuesta entrar sin padecer escalofríos. A pesar de que se montan muestras y eventos culturales, incluso políticamente militantes y relacionados con el socioambientalismo, tengo que romper con una barrera simbólica que me paraliza. No sé cómo ni qué se debe hacer, no soy un iluminado dueño del saber y de la verdad, pero en estos casos, entiendo que se desactiva cualquier política de la memoria y se la reemplaza por una monumentalización festiva y *cooltural*; y yo amo las fiestas, pero esta es engañosa y siniestra para quienes padecemos las consecuencias corporales y necropolíticas de este modo de vida impuesto y sustentado en el negocio agrosojero; al que todas las dirigencias políticas justifican por motivos diversos. Por todo esto, es que estamos borrads y desaparecidxs, incluso detrás del ocio y el disfrute del paseo ciudadano que se constituye en estos espacios desmemorizados.

Sin embargo, desde entonces, en mi imaginación levitan partículas tóxicas de cereal que vuelven como una especie de trauma inconsciente ante la precarización de lo vital, y también como un modo de resistencia ante el maquillaje festivo y *cooltural* del

ecocidio que no ha terminado. Al contrario, en los últimos años, y producto del mismo modelo de vida, el humo se instaló de golpe en las ciudades y son otras las partículas, las de los vivientes convertidos en ceniza, las que nos obligan a respirar durante varios meses al año un posible futuro donde los edificios espejados, los complejos turísticos y los aspersores para la soja pueden llegar a reemplazar el mundo salvaje, brillante y frondoso de las islas. En este sentido, los poemas que presento aquí no son solo míos, sino que son un *para* y un *desde* otros que dejan la herida en el cuerpo de escritura, que no deja de curarse y de volverse a abrir, puesto que estamos lejos de haber terminado con esta muerte en cuotas de soja y humo. De todos modos, además están atravesados por una escritura donde el despertar sexual disidente y el mariposeo impulsa una fuerza que parece sobreponerse, y afirmarse, dichosa, en medio de las ruinas del mundo. Al menos, eso es lo que sigue potenciando estas palabras: la posibilidad de seguir vivos y de afirmar nuestra potencia diversa a pesar de todo.

Estos poemas son la manifestación de lo que siguió luego de la publicación de *Un pequeño mundo enfermo* (2014) y que, hasta hoy, la mayoría de ellos permanecían inconcluso e inéditos, excepto el último de esta recopilación, titulado “Humo”, que forma parte de la antología compilada por Tin Roda, *Las cenizas llegaron a mi patio* (Brumana, 2021), título de un verso de la poeta Estela Figueroa, que se puede leer completo y de manera gratuita [aquí](#).

Sacudidos por esa energía inicial que los impulsó, entiendo, siguen agitando culturalmente una imaginación en común, sin esencialismo unívoco. Son las marcas de un pasado que no ha dejado de hacerse presente nunca y que, espero, no tenga mucho futuro. Para mí, el dolor de las muertes y enfermedades crónicas de nuestros seres queridos, propias, y la desaparición cada vez mayor de los vivientes de las zonas rurales tendría que exigirlo sin demasiada argumentación y sin que tuviéramos que escribirlo.

# SOJA

## Resistencia

### Bolsa I (Granos: 80 kg)

Las plantas apenas  
pasan de las rodillas  
y aureolas de luz se esparcen  
en los surcos  
algunas veces  
a leves e imperceptibles  
centímetros de un crecimiento  
más pequeño que la planta  
con hojita espinosa  
y el tronco blando  
hay que darle con el filo de la pala  
y mutilarlo  
morirá poco después  
cuando ya no pueda sobrepasar a la soja  
asfixiado  
antes  
sí  
de que su vida irregular  
dicen  
contamine la posibilidad  
de una buena cosecha para una buena vida  
dicen.

### Bolsa II (Granos: 66 kg )

He visto crecer las malezas

en algunos campos  
casi árboles  
abiertos erguidos sobre la planicie verde  
no se movían con el viento  
vigorosos  
verdes flexibles y dentados  
ni las tormentas  
o las pedradas  
los derribaban  
crecían cada vez más alto  
hasta largar flores campanitas bellísimas de salvajes  
¿será por todas esas cualidades  
o por su ignorancia  
quizá  
que molesten tanto.

### **Bolsa III (Granos: 25 kg)**

Hubo ocasiones  
en que las cuchillas de las cosechadoras  
terminaban destrozadas  
trabadas

torcidas

en plena cosecha.

Un tronco de madera grueso  
les ofrecía resistencia.

### **Bolsa IV (Granos: 31 kg)**

En el pueblo crecían los chamicos  
y sus alturas nos hacían sombra  
en los baldíos  
siempre los esquivábamos en nuestros juegos

tanto nos habían dicho sobre su mal  
que les temíamos.

**Bolsa V (Granos: 130 kg)**

A veces en los campos  
las quínoas crecían a su lado  
rojas sobre las planicies verdes  
saturaban la visión  
también había que cortarlas  
de un solo golpe atento casi a ras de tierra  
mucho después las vi en Perú  
adoradas como diosas  
en medio de las papas el maíz las habas  
les ataban cintas de colores en los surcos  
por donde el agua les llegaba  
tomamos sopas con sus semillas  
eran imprescindibles en medio del paisaje  
y nunca pregunté por qué  
las dejaban crecer solas  
me levantaba y en el desayuno  
las miraba refulgir coloradas delante del Titicaca  
donde existían  
¿habrá algún lugar en el planeta  
donde el chamico sea  
casi la quinoa  
casi  
una soledad imprescindible

**Bolsa VI (Granos: 172 kg)**

Timoncito se clavó  
una espina en el pie  
se reía demente en medio del campo

el sol hervía las ideas  
su padre y mi padre  
corrían desesperados  
ante la locura anunciada  
me dejaron con él para cuidarlo  
mientras ellos iban a la chacra a buscar ayuda  
Timoncito decía en su delirio  
que el chamico había  
atado sus manos adentro de los ojos  
la soja se movía y no había viento  
yo tenía nervios  
y casi despierto en un momento  
lo vi empezar a revolcarse dando tumbos  
sobre la siembra  
aplastó surcos enteros hasta que llegó la camioneta  
el gringo nos dijo  
que ahora se iba a tener que poner  
a ver si salvaba las plantas rotas por un descuido de cazadores clandestinos  
¿ustedes no saben que no se jode con el chamico  
se enojaba mientras nos llevaba al hospital  
y Timoncito atrás de la chata  
se quería tirar a la tierra  
porque tenía hambre y se moría  
si no remojaba las raíces.

**Bolsa VII (Granos: 13 kg)**

¿El Floripondio es casi un chamico  
o el chamico casi es un floripondio?

**Bolsa VIII (Granos: 54 kg )**

Se les arruinó la cosecha  
una soja sucia con infinitas semillas de chamico  
quedó adentro de los acoplados  
intentaron

sí  
todo el día  
separar filtrar las semillas  
pero no hubo caso  
como pixeles de video juegos  
mezcladas entre los granos amarillos  
las púas sueltas y rotas de las vainas  
se clavaron en los dedos.

**Bolsa IX (Granos: 77 kg)**

Un avión empezó a planear en el campo vecino  
mi papá se angustiaba  
porque cada vez había menos trabajo  
mientras un rocío bajo el sol en rayos fuertes  
nos empezaba a llegar desde arriba  
el avión subía y bajaba casi a ras de los corrales  
y el ruido de los aspersores parecía  
un soplido a presión sobre el paisaje quieto  
mientras caminábamos buscando  
hojas salvajes que cortar  
pala en mano y ya cansados  
allá atrás y desde arriba  
veíamos cómo caía desde el cielo  
el final del chamico en los alambrados.

**(680 granos quedan esparcidos en el suelo)**



## **Desyuyar**

### **Bolsa X (Granos: 50 kg)**

Yo tenía fantasías con Timón  
el padre  
usaba unos pantalones de gimnasia  
tipo Adidas, aunque no tanto  
ajustadísimos  
él sabía que lo miraba con ganas  
algunas tardes el vino  
le hacía perder los estribos  
un día sacó la pija durísima  
y le dijo en complicidad a mi viejo  
*esta noche hago un desastre*  
la blandía con la mano entre los surcos  
y yo quería que estuviéramos solitos  
pero no  
mi viejo  
que siempre sabía reprimir  
dijo están los chicos  
y me miró de reojo  
Timón nunca más hizo un gesto tan hermoso  
aunque él y yo sabíamos  
cuánto nos había gustado ese desborde irrepetible.

### **Bolsa XI (Granos: 55 kg)**

El sol quema la tarde  
y la soja brilla como las monedas  
en medio de los campos.

### **Bolsa XII (Granos: 70 kg)**

Empezamos a convivir con los aviones sobre nosotros  
las miríadas llegaban con el viento a refrescarnos desde la mañana temprano

éramos carísimos en comparación  
carísimos  
y tuvimos que bajar el precio  
los aeroplanos en los cielos casi chocaban  
mientras las mariposas caían en el suelo  
yo me detenía a mirarlas  
en montones  
batir las alas sin poder levantar vuelo  
alguna que otra sin embargo  
remontaba  
y era mi alegría verla desaparecer en el aire  
altísima.

### **Bolsa XI (Granos: 60 kg)**

Las lechuzas se alejaron a las torres de alta tensión  
estaban asustadas  
y con sus ojos grandes  
y a los gritos  
parecían decir algo que no entendíamos  
eran cientos de lechuzas amontonadas  
nunca habíamos visto tantas juntas en pleno día  
de noche  
su grito anunciaba tragedias  
y había que insultarlas para evitar la maldición  
se levantaban desde la tierra y planeaban enfrente de la luna  
blanquísimas  
aquella vez  
cuando nos vieron  
se amontonaron en las torres de cemento  
en un momento planearon sobre nosotros  
todas juntas en círculos  
temimos lo peor  
*vamos* dijo mi papá y salió nervioso hacia la tapera

nos encerramos  
las lechuzas descendieron sobre el campo  
y no nos dejaron acercar en todo el día  
*un día de trabajo perdido*  
se quejaba papá  
los galgos ladraban intentando recuperar un terreno  
que nunca nos había pertenecido.

**Bolsa XII (Granos: 51,2 Kg)**

La liebre cruzó en segundos  
delante de nosotros  
la perseguían los galgos  
el pá me dijo  
mirá que quede en el puntito  
y dispará  
cuando lo hice  
caí tres metros atrás  
con la escopeta clavada en el hombro  
el estallido desparramó un sonido de lluvia abriendo el aire  
y la liebre cruzó el alambrado  
y se camufló brillante hasta perderse  
entre los surcos de trigo del campo vecino.

**Bolsa XIII (Granos: 49,5 kg)**

Nos sentamos a comer  
unas milanesas que la má  
había fritado en el aceite en la noche  
la má que decía cuidate del sol  
que a vos te hace mal  
y yo perdía la mirada en la pared  
porque sabía que ella sabía  
que también lo hacía por ella

solo por ella y solo ella entendía porqué  
cuando las milanesas pasaban  
del blanco al dorado  
que ahora ellos en ronda  
despedazan en una tabla con los cuchillos  
en medio del potrero  
la conservadora como una mesa  
el pan en una bolsa  
y mi negación a comer  
con la que se asustan  
porque así no voy a resistir el desayuno  
pero hay jugo en un termo  
que bajo sin parar  
mientras sospecho que alguna vez  
voy a escribir  
sobre sus bocas que comen  
lo que yo me niego  
soja convertida en nalgas de vaca empanada  
trigo en pan  
naranja en postre  
uva en vino que no paran de chupar  
y cómo como esto  
si entre sus dientes  
a veces veo que nos comemos a nosotros  
nuestras piernas caminando entre la soja  
con apenas un descanso  
nos comemos  
con la pala en la mano  
y el músculo tenso distendido en el corte del yuyo nos comemos  
y otros en sus platos de algún lugar del mundo  
nos comen  
en los surcos turbios de calor  
para que el movimiento sea  
y otros a su vez se coman a otros para siempre

sin que lo sepan  
ellos sí  
que también  
se ríen como ellos  
y hasta quizá dónde  
estén bajo un paraíso como este  
haya un resto de milanesas fritas  
que se calientan al sol.

**(697 granos quedan esparcidos en el suelo)**

### **Pueblo**

#### **Bolsa XIV (Granos: 49, 78 Kg)**

Cuando jugábamos en las vías  
los colores amontonados de las mariposas  
aparecían desde el interior de los campos  
las veíamos ondular sobre los corrales  
en amarillos, verdes, naranjas, azules  
no había muchas rojas  
o al menos no se distinguían en la montonera  
parecían hacer dibujos en el aire  
como si la naturaleza respirara  
en nuestras sonrisas fascinadas.

#### **Bolsa XV (Granos: 46,9 Kg)**

Cuando llegué los conejos estaban muertos  
los galgos abrieron las puertas  
se metieron en la jaula  
los obligaron a salir  
y cuando corrían por el patio  
los cazaron  
los pedazos –restos– de Felpudo y Saltarín

se esparcieron en la escena  
lloré mucho  
con un amigo  
les dimos sepultura  
les pusimos una insignia y un par de flores  
la má no estaba  
mis hermanas no cuentan  
dormían seguro  
nadie hizo nada  
yo estaba en los surcos  
y le dije no voy más  
arréglalo con él no me metas en quilombo  
que después se la agarra conmigo  
los conejos ya estaban bajo tierra  
las flores marchitas  
y los grillos cantaban sacudiendo los naranjos  
con la luna altísima  
no voy más le dije a él  
y como debía ser  
me dio un tremendo cachetazo  
porque no iba a ser más mi amigo  
después los gritos adentro peleaban  
y los conejos estaban como en el aire  
en los grillos en los naranjos  
eran una fuerza un mantra una energía  
una suavidad en los pómulos  
las manos en el pecho  
me hicieron entender los conejos  
que había que ceder  
volver a los surcos  
y esperar el día del no voy más pagale limosna a otro peón  
pero no ahora  
no es la hora

porque es mentira que en cualquier momento se pueden abrir las puertas.

**(286 granos quedan esparcidos en el suelo)**

## Humo

Mamá enseñó alguna vez  
que las salsas tienen que morir un poco  
y cuando están casi secas  
se les agrega un poco de agua  
y para qué contarte  
decía con una sonrisa inmensa y monstruosa

Mucho después supe  
que era lo contrario a las recetas  
de lxs maestrxs de cocina  
puesto que se debe mantener la cocción hidratada  
de todos modos ningunx  
pudo igualar jamás las salsas de mamá  
es que haciendo algo diferente  
-a veces lo contrario  
que prescriben quienes saben  
se consiguen sabores insondables

Sin embargo ahora  
mientras se queman las islas  
ahí a pocos metros  
el legado de mamá  
se torna más expansivo  
que un secreto de cocina  
y no sé si no hay allí algo más peligroso  
o un mandato secreto  
para toda nuestra estirpe  
de seres de un paisaje en extinción  
del que estaba muy lejos en la infancia  
pero del que ya aprendía  
algo que tiene el olor de lo siniestro

este año desperté todas las mañanas  
con las narices llenas de sangre seca  
como en el tiempo aquel  
cuando sangraba por alergia  
incluso por las salsas misteriosas  
o al simple roce del aire fresco  
luego me operaron  
organizaron un campeonato de bochas  
para la cirugía de cristian molina  
aseguraban las propaladoras en el pueblo  
aunque nadie reconocía que lo de mis narices  
provenía de las cerealeras de las que todxs comíamos  
amanecía la sangre en la almohada  
o seca como ahora  
por ese                    humo



humo de paloma mariposas  
 humo de mora  
 humo de cuiz humo de chajá humo de arce  
 humo de cigüeña  
 humo de carpincho humo de amarillito  
 humodevacahumodecardenalhumodenutriaumoderatas humo de copetoncito  
 mariposas  
 humo de escarabajos humo de hormigas humo de sauce  
 humo de colibrí humo de iguana  
 humo de espinillos humo de caballos humo de paraísos  
 humo de mariquitas humo de sapos  
 humo de chimango  
 humo de totoras mariposas  
 humo de culebras humo de camalote humo de garzas  
 humo de yacaré  
 mariposas  
 humo de gallareta humo de yagüareté humo de ranas humo de tortugas  
 humo de martín pescador humo de cardos humo de lombriz  
 humo de caracol humo de lirios humo de mono  
 humo de acacia humo de caracolero  
 humo de bandurria  
 mariposas humo de ñato  
 humo de ciervo humo de aguilucho  
 humo de chilca humo de comadreja  
 humo de calandria mariposas  
 humo de palma  
 humo de mosquito humo de mariposa humo de serrucheta  
 muchas mariposas



## Ecoansiedad y el proceso creativo en *Mugre rosa* / Fernanda Trías

Escritora y profesora- investigadora en Maestría de Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo,  
Bogotá, Colombia.  
fertrias@gmail.com

Comencemos con una advertencia: hablar sobre el proceso creativo es una manera de hacer ficción. Narrar las misteriosas decisiones que guiaron la escritura no deja de ser un artificio que se construye a posteriori, como quien coloca unos andamios alrededor de una casa ya terminada. Sabemos que lo inherente a cualquier narración es la variable tiempo, y, en este caso, reconstruir el proceso implicaría darle un orden a lo que no ocurrió en el tiempo de los relojes –ese otro artificio–.<sup>7</sup>

¿Qué ocurrió primero: la idea o el libro? ¿Es el proceso de escritura de una novela una línea, aunque sea zigzagueante, o se trata más bien de un círculo, un uróboros que se traga la cola?

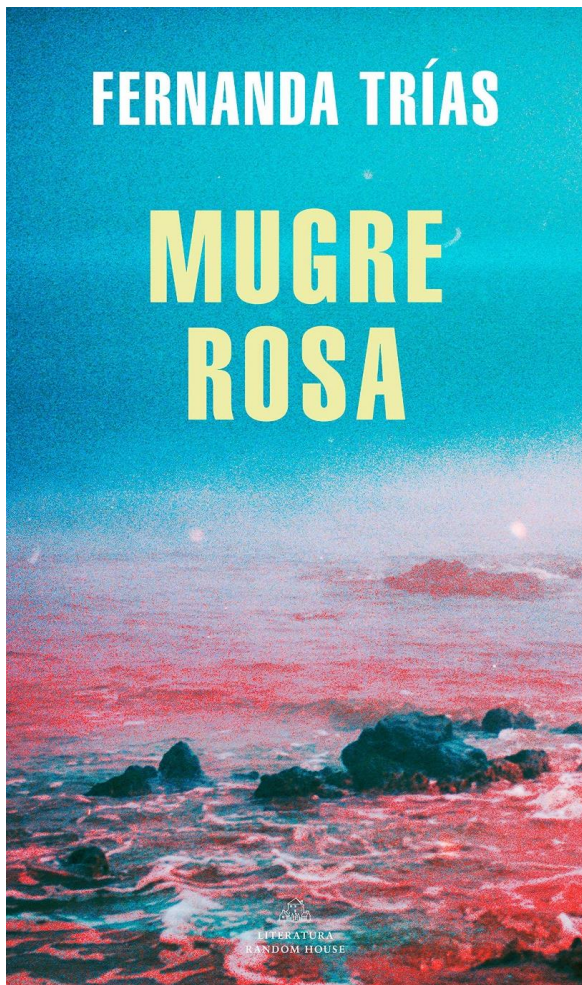
En la escena que abre mi novela *Mugre rosa*, la narradora observa a un hombre que pesca en el río contaminado. El hombre extrae un minúsculo pez que queda agitándose en la punta de la tanza. Ellos lo miran, maravillados, porque ese pez contiene al mismo tiempo el veneno que mata y el asombro que da sentido a la existencia. Esta primera paradoja marcará todo el relato: el borde de la vida es también el borde de la muerte. Los comienzos y los finales no solo se confunden, sino que son la misma cosa. Los koan, esas paradojas de los maestros zen, cumplen la función de sacudirnos los sentidos. Nos invitan a abandonar la lógica y a acercarnos a otras formas de conocimiento:

“El hombre se giró a mirarme y me hizo un gesto con la mano. Este es el punto de mi relato, el falso comienzo. Aquí podría fácilmente inventarme un augurio o una señal de todo lo que vendría después, pero no. Eso fue todo: un día cualquiera a una hora cualquiera, excepto por ese pez que se elevó en el aire y volvió a caer al agua”<sup>8</sup>.

---

<sup>7</sup> Este texto es una versión abreviada del trabajo original de Fernanda Trías, para *Hostos* de CUNY University (inédito).

<sup>8</sup> *Mugre rosa*, Buenos Aires, Random House, 2021, p. 17.



Del mismo modo en que la narradora busca un punto donde iniciar su relato, un punto que sabe caprichoso, incluso aleatorio, yo también elijo un punto en el que “la idea” fundadora de esta novela surgió. Y es este:

Hubo una época de pesadillas recurrentes. La ubico entre 2004 y 2007. Por esos años, todas las noches soñaba con una onda expansiva de contaminación que a veces adquiría la forma de una explosión nuclear; otras, la de una nube silenciosa que terminaba por envolverme. Como en toda pesadilla, venía el momento de la huida: correr, buscar refugio, sumergirse bajo el agua. Siempre había un momento de alivio al descubrir que la contaminación

no me había afectado: estaba bien, estaba viva, para luego descubrir la falsa ilusión. De pronto miraba hacia abajo, hacia mis piernas y mi vientre, y veía cómo la piel se me había desprendido en jirones del cuerpo. O miraba a los demás y los veía convertirse en animales monstruosos, hombres con patas de dinosaurio, su piel estallando como pústulas hasta exponer la carne. En aquella época yo vivía en Francia, en un pequeño pueblo de provincia a veinte kilómetros de una central nuclear. Escribí ese sueño en una libreta y luego hice lo que hacemos todos: seguir viviendo, olvidar que en el primer estante de mi baño había una tableta con pastillas de yodo.

. Creo que el tiempo de *Mugre rosa* es el tiempo del duelo, y que en cualquier duelo hay una obsesión por encontrar ese momento exacto en que todo aún -tal vez- podría haberse evitado. ¿Cuándo las cosas empezaron a ir mal? ¿Cómo podríamos haberlo hecho de otra forma? *Era* evitable, ¿o no?

La protagonista de la novela transita un duelo personal enmarcado dentro de un duelo colectivo. Tal vez lo que la diferencia a ella de otros personajes de la novela es que ella se atreve a mirar dentro del pozo de la pérdida y a sostenerle la mirada al vértigo. Lo que confundimos con apatía sería, entonces, una aceptación radical. Ya vimos hasta dónde nos ha traído el poder de la negación colectiva. Hacer la vista gorda puede que evite el dolor más inmediato, pero por dentro seguirá corriendo la angustia subterránea, cada vez más salvaje, impulsándonos con fuerza destructiva hacia más evasión y consumo. Tarde o temprano todos deberemos mirar de frente el tamaño de nuestra pérdida. ¿De qué tamaño es? ¿Cinco mil libras, el peso del último rinoceronte blanco extinto en 2018? ¿Sesenta mil, la cantidad de koalas arrasados en el incendio forestal de Australia? ¿Dos punto tres millones, las hectáreas del Amazonas que se desforestaron solo en 2020? ¿Cincuenta y seis mil millones, la cantidad de animales que sacrificamos en un año para la industria de la alimentación? ¿O acaso el peso incalculable de la ausencia de futuro?

El Antropoceno marca su inicio con un gran acto de contaminación: las bombas atómicas que a mediados del Siglo XX se lanzaron y probaron en el mar. Hoy ellas son las responsables de que haya isótopos radioactivos circulando por las playas donde ustedes y yo nadamos en vacaciones, muy tranquilos, sin pensar que nosotros mismos somos los peces mutantes. Si cada generación piensa su propio apocalipsis, yo pertenezco a la que está protagonizando el terror climático, un terror que asume la forma de un punto difuso en el tiempo después del cual no habrá retorno. El tic tac de ese reloj es ensordecedor. El nuevo terror me parece inseparable del terror ecológico. Por eso, una novela como *Distancia de rescate*, de Samanta Schweblin, le da *otra vuelta de tuerca* a las historias de fantasmas, muy en clave siglo XXI, con los agroquímicos como fuerza invisible. No conocemos la distancia que nos separa de la próxima catástrofe, personal o colectiva, pero sí conocemos la velocidad a la que avanza ese vehículo implacable que es el tiempo.

Verdadero terror sería, entonces, leer el último informe de la ONU sobre cambio climático. Si queremos evitar que el aumento de la temperatura media de la Tierra no supere la barrera catastrófica de los dos grados, las emisiones mundiales de dióxido de carbono tendrían que reducirse en un cuarenta y cinco por ciento antes de 2030. Actualmente, los compromisos asumidos por los distintos países solo alcanzarían para reducirlos en un uno por ciento. Así las cosas, se estima que en menos de ochenta años el setenta y cuatro por ciento de las regiones que hoy son habitadas por seres humanos se habrán convertido en entornos de

enfermedades letales<sup>9</sup>. De ahí a imaginar las migraciones masivas, la crisis de refugiados, la escasez de alimentos y las ciudades vaciadas hay solo un paso. La pregunta no debería ser *por qué* escribir una distopía, una ficción climática, sino cómo *no* escribirla.

Para la transfiguración distópica de mi ciudad natal, Montevideo, traté de pensar qué tipo de catástrofe afectaría de manera directa el centro afectivo de la ciudad, y concluí que esa amenaza debía llegar del río. Montevideo y toda la franja costera, la zona más poblada del país, construyó su identidad en torno al agua. Al contrario que Buenos Aires, Montevideo vive de cara al río de la Plata, tan ancho que desde siempre lo llamamos mar. Si la contaminación llegaba del río, entonces la catástrofe ambiental obligaría a reconfigurar la geografía del país entero: los privilegiados, que siempre habían medido su bienestar a partir de la cercanía a la costa, se instalarían en las zonas interiores, más lejanas y seguras, y la franja costera se convertiría en tierra de nadie que, como sabemos, siempre es tierra de alguien (tierra de *otros*). También la economía del país giraría sobre su eje para mirar hacia los consumidores más pudientes y la industria cárnica (no olvidemos que Uruguay es el país del mundo con más cabezas de ganado por habitante) se vería afectada por el mismo viento tóxico.

Y aquí conviene hacer un paréntesis para contar otra historia: hubo una vez una fábrica, una procesadora de productos cárnicos que transformó la economía del país, un gigantesco frigorífico fundado en 1865 a orillas de otro río, el río Uruguay: 274 hectáreas con 30 edificios industriales, que daban trabajo a más de tres mil quinientas personas de cuarenta nacionalidades, y que hicieron del país un lugar próspero. En la década de 1930, unas mil seiscientas vacas eran sacrificadas a diario en ese matadero de la ciudad de Fray Bentos para producir enlatados que se exportaban al mundo entero<sup>10</sup>. Se trataba de las famosas latas de *corned beef*, que alimentaron a los soldados del bando aliado durante la Segunda Guerra Mundial. Solo en 1943, dieciséis millones de latas de *corned beef* partieron de Fray Bentos hacia Europa. El orgullo de la empresa era el slogan: “Se aprovecha todo de la vaca, menos el mugido”. El antiguo frigorífico, que funcionó hasta 1979, hoy es una mole de cemento y hierro, una carcasa devenida patrimonio mundial de la UNESCO que solo alimenta la nostalgia de un pasado mejor.

Ignoro si Juan Carlos Onetti tenía en mente el frigorífico Anglo, que para 1960 ya habría comenzado su decadencia, cuando imaginó un astillero abandonado al borde de un

---

<sup>9</sup> Todos datos de las Naciones Unidas.

<sup>10</sup> <https://www.bbc.com/mundo/vert-tra-46917409>

río en una ciudad imaginaria llamada Santa María. La caída del astillero había arrastrado consigo la prosperidad económica del lugar, igual que el cierre del frigorífico Anglo en Fray Bentos. En la novela de Onetti, el apático y melancólico Larsen se lanza a la tarea imposible de reflotar el astillero, como sucedería años más tarde con el frigorífico, al que se le intentó dar otros usos. En ese sentido, ¿podríamos decir que también Juan Carlos Onetti fue profético?

Como una Santa María, igual de gris y devastada pero en clave apocalíptica, la ciudad portuaria de *Mugre rosa* tiene su propio astillero, ese símbolo del fracaso de un modelo de país, transmutado ahora en una procesadora nacional, un matadero tan monumental como un estadio de fútbol que alimentaría la farsa (la máscara) de un Estado incompetente, aferrado a su proyecto de modernización tecnológica y de avance científico mientras el país entero, y tal vez el mundo, se encamina ciego hacia su fin.

Hace unos días, leí en el New York Times en español un artículo titulado “El cambio climático entra al consultorio”<sup>11</sup>. Allí se cuenta el caso de una mujer de clase media estadounidense de treinta y siete años, madre de dos hijos, que sufre episodios de ansiedad. En un pasillo de supermercado, según cuenta el artículo, a Alina Black le llega una oleada de culpa y vergüenza ante un paquete de nueces envueltas en plástico. No puede evitar pensar en todo ese plástico viajando desde su casa hacia un gran basurero donde permanecerá durante generaciones enteras.

Pero Alina Black no es la primera ni la única, al parecer, que sufre de “ecoansiedad”, definida como el miedo crónico a las catástrofes ambientales que surge de observar el impacto en apariencia irreversible del cambio climático, y la resultante preocupación acerca del futuro tanto personal como de las próximas generaciones. Ya en 2011, los psicólogos Thomas Doherty y Susan Clayton, habían sido pioneros en predecir “The psychological impacts of global climate change”, como se titula su artículo, y en 2020, una encuesta realizada por el Imperial College of London arrojó que el 57% de niños y jóvenes sufren ansiedad acerca de la actual crisis climática.

El mismo artículo del NYT explica que la Alianza de Psicología del Clima ofrece un directorio de terapeutas especializados en ecoansiedad y que “la Red del Buen Dolor, una red de apoyo entre pares que sigue el modelo de los programas de adicción de 12 pasos, ha generado más de cincuenta grupos”.

---

<sup>11</sup> Por Ellen Barry, publicado el 8 de febrero de 2022 en el New York Times en Español: <https://www.nytimes.com/es/2022/02/08/espanol/terapia-cambio-climatico.html>

El tema de la salud mental ha sido foco de discusión en el último tiempo a partir de los efectos psicológicos de la pandemia, el encierro, la desconexión social, la amenaza del virus, los incontables duelos personales interrumpidos sumados al duelo colectivo sin hacer que intentamos tapar bajo el impulso frenético de “volver a la normalidad”.

En *Mugre rosa*, el encierro obligado a causa del viento rojo trastoca la percepción del tiempo: un día repetido hasta el hartazgo, sin comienzo ni final, sin puntos de referencia. El encierro impulsa dos movimientos posibles: un ir hacia adentro -hacia el espacio abierto de la memoria- o un ir hacia afuera a través de la ventana que representa el televisor (o las redes sociales), con su voces e imágenes narcotizantes. Ambos movimientos colapsan el tiempo y el espacio y anulan el presente. Aunque el encierro parecería condenarnos a un presente infinito, en realidad logra todo lo contrario: sacarnos del tiempo. La narradora de *Mugre rosa* oscila entre el tiempo de la memoria y el no-tiempo del televisor, en un ensimismamiento que solo se rompe cuando reconoce su vida como necesaria para alguien más, es decir, el momento en que *deviene* madre. (Otro antes y después, otra frontera que no se sabe exactamente cuándo se cruzó hasta que se está del otro lado).

Una de las primeras imágenes que tuve de *Mugre rosa* fue la de la basura multiplicándose. Un milagro a la inversa. En una ciudad en apariencia vacía, donde la gente vive en el encierro y en la clandestinidad, la única señal visible de su existencia sería esa: las bolsas de basura que se materializan a diario en las esquinas, como si la ciudad se excretara a sí misma. Acaso los humanos seremos recordados como esa especie capaz de reproducirse en forma de desperdicio; acaso nuestro legado sea convertir el planeta en un vertedero.

La mugre rosa es un subproducto cárnico que la industria prefiere llamar “recortes finamente texturizados” y cuya premisa es abaratar costos y hacer que todo, hasta lo indigesto, sea rentable. Se trata de un aditivo a base de desechos, una mezcla de grasa, pellejos, cartílagos, vísceras, huesos, cabezas y patas que luego se recalienta, se centrifuga, se desinfecta con amoníaco y se tiñe de rosado para rellenar hamburguesas y otros productos congelados. El amoníaco elimina las bacterias y ayuda a aglutinar lo que, por impulso del desecho, se resiste a aglutinarse. Es la versión siglo XXI del slogan del frigorífico de Fray Bentos (“Se aprovecha todo de la vaca, menos el mugido”), solo que en este caso el milagro es propiciado por la tecnología de “última generación”.



La controversia sobre la mugre rosa surgió en Estados Unidos en 2012, a partir de un reportaje de la cadena de noticias ABC News, que atrajo la atención pública hacia el proceso químico necesario para producir este aditivo que se vendía como “carne molida” y que algunos científicos del Departamento de Agricultura habían confesado no consideraban apto para el consumo humano. La procesadora de carne ubicada en South Dakota, Beef Products Inc. (BPI), demandó a ABC News por difamación, y así comenzó una controversia con pérdidas millonarias para la industria. Lo interesante, para mí, fue la larga batalla semántica que no se dirimió hasta 2019, cuando ABC News terminó pagando una compensación millonaria por haber acuñado el término “pink slime”, luego traducido al español como “mugre rosa”. Lo importante, al fin de cuentas, no parece ser la cosa misma sino la palabra que la denota, el eufemismo tranquilizador, el truco de prestidigitación del lenguaje que convierte un desecho en un alimento.

En la medida en que iba hilando sentidos, la mugre rosa me fue revelando su potencial metafórico. Durante el proceso de escritura entendí que la mugre rosa eran también esas personas que la sociedad preferiría no ver, maquillar con un eufemismo, con un color falsamente inocuo como el rosado. Eran los cuerpos enfermos, las mentes desequilibradas y todo aquel que se resistiera a aglutinarse: los desechos humanos. Y como cualquier desecho, a menos que termine en nuestras hamburguesas, debe ir a parar a algún receptáculo, a algún lugar que lo contenga, sea el manicomio o esas zonas de la ciudad que solo habitan los parias. Los indigentes que deambulan por las calles devastadas de *Mugre rosa*, revolviendo la basura, exponiéndose al viento tóxico, son los zombis del capitalismo, infectados por esa babaza indeseable que es la pobreza, o son los potenciales portadores de la infección, que a lo largo de las décadas ha tenido distintos nombres: VIH/SIDA o COVID-19.

En Montevideo se colocaron contenedores rectangulares, como pequeñas casitas con techo a dos aguas, para juntar allí las bolsas que antes quedaban desperdigadas por la calle, cada una frente a la puerta de la casa correspondiente. Lo que se pensó como una solución “higiénica” se convirtió en la pesadilla de los recicladores, que ahora debían meterse literalmente dentro de un basurero para poder abrir las bolsas. Tengo muchas imágenes nocturnas de cuerpos doblados, con el tronco y la cabeza dentro del contenedor mientras que las piernas se agitan por fuera para mantener el equilibrio. A la luz de la noche, se veían como cuerpos cercenados o como las antenas de enormes insectos. En el despilfarro capitalista, mientras para algunos es cada vez más fácil generar basura, para otros es cada vez más difícil acceder a ella.

Otra de las preguntas fundamentales que debe hacerse un escritor al momento de narrar es: ¿desde dónde cuento lo que cuento? ¿A qué distancia psíquica se encuentra mi narrador de los hechos narrados? Si la novela de ficción climática por excelencia, *La carretera* de Cormac McCarthy, es postapocalíptica, yo quería que *Mugre rosa* se ocupara del “durante”, para poder ahondar en la pregunta: ¿cuándo empieza lo que empieza y cuándo termina lo que se acaba? En el *durante* prima la confusión, la información contradictoria, los rumores y la negación. En un mundo postapocalíptico no se puede negar lo que ya es, mientras que la narradora de *Mugre rosa* avanza a tientas por esa neblina de confusión para descubrir que el futuro no puede evitarse porque siempre estuvo allí, contenido en el núcleo mismo del presente. De ahí el juego con los tiempos verbales. Todo lo que termina, termina porque empezó. Y lo único que no muere es lo que nunca nace.

¿Cómo se crea una atmósfera? Soy visual, y a veces mis referencias son tonos, imágenes de películas u obras de arte, sensaciones plásticas más que ideas y, mucho menos, “tramas”. Durante el proceso de escritura tuve presente una pintura del artista español Javier Palacios, un tótem rosado y derretido que por momentos parecía un falo y por momentos un algodón de azúcar. Así imaginaba yo la mugre rosa. La obra de la artista Rosalía Benet me interesó particularmente por su crítica a la sociedad de consumo y su trabajo con la industria alimenticia, los cuerpos enfermos y la basura. En la serie “Estómago negro” vemos los mapas de los países desarrollados, los principales explotadores de recursos, convertidos en intestinos sangrantes. “Gran banquete” es una instalación, una escultura calcinada que toma como punto de partida los banquetes del Bajo Imperio Romano, la época de la decadencia del Imperio. En la serie “Gula”, vemos un altar hecho de bolsas de basura, otro hecho de terrones de azúcar, otro hecho de hamburguesas y comida ultraprocesada. Adoradores del dios del consumo.

La pandemia del covid-19 parece haber dejado claro que la gran máquina de producción y de consumo no puede detenerse. En América Latina ya vimos las consecuencias: el aumento de la pobreza, los trapos rojos en Colombia, la desigualdad en el acceso a los sistemas de salud. La pesadilla kafkiana del siglo XXI es estar atrapados en nuestra propia rueda eterna de consumo y producción, una rueda que para seguir girando debe pasar por encima de innumerables vidas.

Me han preguntado muchas veces cómo hice para anticiparme a la pandemia, cómo “preví el futuro”. Ante esa pregunta no sé qué responder. La ficción especulativa es el resultado de mirar con atención el presente. El mundo distópico de *Mugre rosa* pasó

en pocos meses de existir únicamente en mi imaginación a ser alcanzado por la realidad: tapabocas, hospitales colapsados, encierros voluntarios y obligatorios, noticias falsas, control sanitario y estatal, miedo, confusión, negacionismo, cuerpos que se acumulaban en camiones o se recogían de las calles, muertos que eran cifras, estadística, cálculo de probabilidades.

Si al igual que Mauro, el niño protagonista de *Mugre rosa* que padece el síndrome de Prader-Willi, nuestro cerebro no recibe la “señal de saciedad” o no es capaz de procesarla, ¿qué alternativas nos quedan? ¿Hasta dónde podemos escapar, correr, mirar hacia otro lado? ¿Qué creemos que vamos a encontrar cuando llegemos al hueso, cuando terminemos de roer, a fuerza de consumo, los recursos del mundo? El cuerpo hambriento, ya sea de comida, de seguridad emocional, de comodidad o de prestigio puede llegar a devorarse a sí mismo. Durante mucho tiempo -años- después de que me enteré de la existencia del síndrome de Prader Willi, que afecta el cromosoma 15, me obsesioné pensando cómo sería vivir con esa hambre voraz, para siempre insatisfecha. No fue hasta que comencé a escribirlo que pude entender: Mauro también era yo, éramos todos. Solo que otro hueco, una voracidad de otra sustancia, pero igual de dolorosa por lo insaciable. ¿Es *Mugre rosa* una crítica a la sociedad de consumo y a la manera en que vivimos? Tal vez. Pero sobre todo es una constatación de la paradoja en la que yo misma estoy inmersa.

Margaret Atwood habló del regreso de las utopías para buscar una salida a este embrollo en el que nos hemos metido. Y algo similar pensaba Isaac Asimov sobre la capacidad de la ciencia ficción para pensar el futuro.

Pero en el corazón de toda distopía late siempre una utopía. Hay que saber leerla, eso sí, entre líneas, entre nubes. La distopía plantea preguntas y abre la conversación en comunidad, colectiviza la angustia y le pone nombre. La distopía es una invitación a pensar juntos, mientras que la utopía obliga a proponer alternativas. Como muchos, como muchas, he sentido los efectos de la ecoansiedad: la impotencia y la frustración ante la destrucción del planeta y la manera depredadora e insostenible en que vivimos, siempre corriendo detrás de más y más confort. Ante mi propia angustia no me queda más que mirar de frente el desastre, y me pregunto si no será ese el papel de la literatura: dar cuenta de, estar allí, con los ojos bien abiertos, dar testimonio. “Cuando uno lee libros de historia tiende a olvidar que alguien estuvo ahí. Alguien de carne y hueso, y en esta historia ese alguien soy yo”, dice la narradora de *Mugre rosa*. Como los adolescentes que escriben “yo estuve aquí” en la puerta del baño, como los enamorados que dejan sus iniciales en

el tronco de un árbol, como los presos que escarban la pared. Es un triste privilegio. Alguien deberá contar el fin del mundo incluso aunque no haya a quién contárselo.

¿Es absurdo escribir ante la inminencia del apocalipsis? No lo sé, pero mientras haya mundo, quien escribe sigue siendo un testigo y ser testigo es motivo suficiente para seguir aquí.

No conozco a nadie que escriba a quien no le duela el mundo. Y ese dolor solo puede venir de un amor difícil, a veces imposible de procesar. Todo lo que se pierde late, como el muñón de Idea Vilariño. Y tal vez yo, que no creo en el tiempo como una línea recta sino como una línea enredada cuyos bucles transitan por el sueño y la vigilia haya querido anticiparme en este libro a la nostalgia de un mundo que aún creemos tener pero que ya está perdido.

Quiero dedicar un momento a otra pregunta que me hacen muchas veces y es la pregunta por las influencias. Prefiero hablar de referentes, porque los referentes lo son de manera específica para cada proyecto y los referentes se buscan. Si *La carretera* de McCarthy era la distopía del movimiento, yo quería que *Mugre rosa* lo fuera de la inmovilidad. Entre los referentes estaba también la niebla tan maravillosamente descrita en *El limonero real* de Juan José Saer; la poesía de Jorge Eduardo Eielson y de Jaime Saenz, que leía todas las mañanas solo para entrar en el encantamiento de su música y en la libertad de su mirada; y por supuesto la poesía china y los haikus de Basho y Ryokan.

Algunos le temen a este diálogo entre la obra y sus referentes. Un escritor a quien le conté sobre *Mugre rosa*, cuando ya estaba prácticamente en imprenta, me advirtió: “¡Cuidado! Samanta Schweblin ya escribió un libro donde hay contaminación y hay maternidad”. Se refería, por supuesto, a *Distancia de rescate*, un libro que leí cuando ya llevaba cuatro años escribiendo *Mugre rosa*. En lugar de la preocupación por la originalidad, me parece más interesante pensar por qué dos escritoras de la misma generación y de la misma parte del mundo estaban escribiendo casi al mismo tiempo sobre las mismas preocupaciones, aunque con estéticas muy distintas. La literatura, como el firmamento, se organiza en constelaciones, y eso hace el cielo más hermoso.

Ahora bien, ¿se puede decir que *Distancia de rescate* fue un referente para *Mugre rosa* aunque lo haya leído después de tenerla prácticamente escrita? Me gusta pensar que sí y que el relato sobre los referentes es otra construcción, un irse buscando y hallando dentro de una constelación que se traza a posteriori. En esto también cabría preguntarse: ¿qué ocurrió primero, la novela o su influencia?

Entre mis referentes apócrifos podría nombrar a *El nombre del mundo es Bosque*, que leí a comienzos de este año. En el tiempo-mundo no pudo haber sido un referente, pero en el tiempo-sueño estoy segura de que lo fue. *Mugre rosa* también se mueve en esos dos tiempos: la realidad de la catástrofe y la de los sueños de la protagonista.

*El nombre del mundo es Bosque* de Úrsula K. Le Guin mira con lucidez el presente para anticipar un futuro estremecedoramente realista. Es, como la gran literatura, varias cosas al mismo tiempo: reflexión anticolonial, manifiesto ecológico, retrato de la Humanidad, distopía y utopía. Es una distopía porque nos presenta un planeta Tierra donde ya no queda sino el recuerdo de lo que eran los árboles, y cuyos habitantes han extendido la tarea extractivista de siempre a otros planetas y otras galaxias. Pero es también utópico porque imagina una civilización nativa que es fundamentalmente no agresiva, que desconoce la violencia y la esclavitud, y que en lugar de dirimir los problemas por vía de la guerra, lo hace a través del canto.

En su novela, Le Guin parece decirnos que el ser humano solo dejará de matar cuando ya no quede nada con vida. Pero hay algo peor que morir y es seguir viviendo en el infierno creado por nosotros mismos, en la devastación que es el recordatorio de lo que fue y de lo que nunca será. Por eso, al malvado capitán Davidson se le perdona la vida y en cambio se lo destierra a una isla desierta. Allí, deberá cargar con el difícil regalo de no poder matar:

“No hay nada que se pueda matar en Rendlep”, leemos, “Ni árboles, ni gente. Había árboles, había gente, pero ahora solo quedan allí los sueños de todos ellos”.

El vestido de Fernanda Laguna es especial. No solo lo es porque es suyo y porque es su “preferido” entre otros, sino porque es una prenda con la que el cuerpo femenino se envuelve en formas que podríamos llamar abstractas de no ser porque siguen el diseño natural de un arbusto de contorno redondeado, de tallos gruesos, con ramas de las que cuelgan algo así como algunas flores, un arbusto iluminado por los astros en un espacio vacío, un arbusto que da sombra. “Mi vestido preferido” (2015), bien podría ser un ombú en medio de la pampa si no fuera, precisamente, un vestido preferido. O mejor dicho: mi vestido preferido es una prenda de la naturaleza, una prenda cuya forma orgánica viste mi cuerpo y le da, por lo mismo, nueva forma. Solo que también es mi vestido el que, por ser tal, le da una nueva forma al ombú. No hay entre la naturaleza y el cuerpo ni amenaza ni prisión ni venganza, ni tampoco abuso, explotación, contaminación. No hay crisis, no hay daño. Lo que hay es preferencia, elección. Ese momento de la elección en que el cuerpo femenino y la naturaleza se vinculan sin confundirse, y por supuesto sin contaminarse, es lo que llamo ecoafectividad. Una ecoafectividad que produce nuevas formas que no son las de los híbridos monstruosos de los que nos habla Bruno Latour en su cuestionamiento de las discriminaciones específicas de la modernidad (*Nunca fuimos modernos*, 1991), sino las de la contigüidad, el reconocimiento, la convivencia e incluso la comunidad.



"Mi vestido preferido" de Fernanda Laguna  
Gentileza Fernanda Laguna y Museo de Arte Moderno ("Una historia de la imaginación en la Argentina")

Me gusta pensar, a partir de esta condensación de formas, nominaciones, sensaciones y sentidos que encuentro en la obra visual de Fernanda Laguna, en las

diversas narrativas propuestas por la literatura contemporánea de la Argentina y otros países del Cono sur que involucran cuestiones ambientalistas desde una perspectiva dada por el género. Teniendo en cuenta los vínculos entre naturaleza y cuerpo es posible advertir dos líneas: una presenta cuerpos rechazados o expulsados por fenómenos climático- ambientales, mientras la otra busca acercarse a la naturaleza desde y con el cuerpo. En la primera, la naturaleza es más que una amenaza: como si se vengara en el cuerpo de hombres y mujeres del daño que le han hecho, o bien contamina sus cuerpos o bien ha activado todos sus fenómenos posibles para destruirlos. De un modo diferente, con resoluciones también diferentes, *Distancia de rescate* (2014) de Samanta Schweblin y *Mugre rosa* (2020) de Fernanda Trías presentan situaciones en las que el cuerpo femenino resiste inútilmente o solo puede salvarse en el alejamiento. En la segunda línea, la naturaleza no es una amenaza, o en todo caso puede serlo solo reactiva y circunstancialmente; en cambio, es lo que se reencuentra para vivir en y con ella de un modo nuevo. Esta es la línea ecoafectiva, y su ejemplo, a esta altura paradigmático, es *Las aventuras de la China Iron* (2017) de Gabriela Cabezón Cámara, pero también despunta de un modo muy diverso en *Derroche* (2022) de María Sonia Cristoff, porque en ambas la naturaleza ofrece una salida y una posible comunidad.

Ambas imágenes de la naturaleza, la naturaleza virgen y proveedora y la naturaleza salvaje y violenta, tienen su procedencia, como lo explicó Carolyn Merchant, en la Antigüedad, están en sus textos y en su iconografía; y en distintas proporciones componen según la época la idea de la naturaleza como madre nutricia, que tiene todo para ofrecer y a la que a la vez se puede dominar sometiéndola a la pasividad, o que reacciona al perjuicio devorándose a sus hijxs. Como resulta notorio, y esto es fundamental para el argumento que propongo y las novelas que mencioné (y otras afines a ellas), en todos los casos la naturaleza se vincula con lo femenino: “La antigua concepción que concibe a la naturaleza como una madre nutricia vincula la historia de las mujeres con la historia del medioambiente y del cambio ecológico.”, dice Merchant (*La muerte de la naturaleza*, 1983, 2). Traigo acá esta explicación historicista porque precisamente esas ideas e imágenes son las que, a lo largo de los siglos, habilitaron diferentes usos de la naturaleza, modos de dominación y, finalmente, la explotación capitalista que, con la conversión de la tierra en mercancía, nos ha conducido en la actualidad a la crisis ecológica que, a su vez, provoca los desastres naturales que acechan el mundo contemporáneo. Pero también, esas ideas y las consecuencias que acabo de



mencionar habilitaron el repertorio literal y metafórico que pone en juego la imaginación ficcional sobre la naturaleza.

Hay que prestar atención, teniendo en cuenta el transcurso de la historia, sin embargo, a las temporalidades a las que se abre cada novela. Porque la naturaleza virgen de las aguas, húmeda y fluida, esa misma en la que la China Iron y su amante inglesa descubren a la comunidad de indios e indias para integrarla amorosamente, dejando atrás la pampa polvorienta de los gauchos como Martín Fierro y también las estancias de patronos con peones, está en el pasado. Se trata de un pasado decimonónico en el que el territorio argentino, en su proceso de nacionalización y estatización junto con el ingreso al mercado capitalista, se masculinizó y virilizó, y al que Gabriela Cabezón Cámara, al tomar el hilo perdido de la mujer de Fierro, apenas referida (sin nombre) en el poema de Hernández (*El gaucho Martín Fierro*, 1872 y *La vuelta de Martín Fierro*, 1879), y seguir sus derivas como China Iron, le entregó otro futuro posible habitado por mujeres y hombres diversxs en un territorio húmedo y susurrado, comunitario y libre, ecoafectivo. En *Distancia de rescate* y en *Mugre rosa*, por el contrario, el tiempo es un presente sobre el que se proyecta un futuro inminente en el que los abusos empresariales sometieron y explotaron ilimitadamente los recursos naturales: las aguas no son en estas novelas corrientes de felicidad sino las vías de la contaminación. Los arroyos de la zona rural pampeana de *Distancia de rescate* a la que se va la protagonista con su familia han sido envenenados por los agroquímicos y transgénicos usados para las plantaciones de soja, y a su vez envenenan a animales, niños, hombres y mujeres, produciéndoles malformaciones en el cuerpo. Las aguas de la ribera montevideana y de toda la costa oriental, a cuyas orillas llegan los peces y las algas muertos y en donde habita la solitaria protagonista de la historia de *Mugre rosa*, están contaminadas por la acción destructora de fábricas y empresas alimenticias, mientras el aire envenenado se extiende sobre la ciudad arrasada, de la que las aves han emigrado y en la que sus habitantes escapan hacia los pueblos del interior para sobrevivir o caen enfermos hasta la muerte. Son dos rumbos diferentes de la imaginación novelesca: uno va hacia el pasado para redescubrir la naturaleza y proponer una reimaginación ecoafectiva del territorio nacional, mientras el otro proyecta en el presente las posibles consecuencias futuras de la explotación abusiva de la naturaleza y propone una imaginación impulsada por el desastre medioambiental.

Si subrayo la noción de imaginación es porque no me interesa tanto, acá, pensar la posibilidad o imposibilidad referencial de las respectivas tramas (por caso, es tan imposible la transformación del pasado nacional que narra Cabezón Cámara como la

transmutación de las almas que narra Samanta Schweblin en su visión del mundo contemporáneo), sino las propias apuestas imaginativas, los usos de la imaginación e incluso sus funciones en términos de una política de la literatura que visibiliza y pone en cuestión prácticas territoriales y medioambientales y que contribuye, así, al rediseño del mundo en que vivimos.

Lo que se sabe sobre las causas del estado crítico de la naturaleza es abundante en la novela de Fernanda Trías: una nueva fábrica procesadora de alimentos mata vacas y pollos y fabrica la “mugre rosa”, una pasta artificial hecha con restos de animales; los medios procesan la información profusa en sus noticias sin denunciar nunca una verdad; el gobierno sostiene su connivencia con el sector empresarial mientras impone un fuerte sistema de control social para evitar la enfermedad y los contagios; sus habitantes respetan las nuevas normas a la vez que instauran modalidades clandestinas de circulación de las personas y los bienes de consumo. (¡Toda la teoría de la gobernabilidad foucaultiana serviría de herramienta crítica perfecta para la lectura de esta zona de la novela!) Pero, ¿quién es el responsable?, ¿las empresas, el estado, los políticos, todxs ellxs juntxs? Y lxs ciudadanxs, ¿qué papel juegan? Como diría Mark Fisher según las ideas que elabora en *Realismo capitalista* (2016, 99-108) a partir de otras teorizaciones actuales, no se trata de indicar a alguien o a cada quien como responsable de la crisis ambiental, el cambio climático, la catástrofe ecológica, sino de señalar el problema de que nadie en verdad lo es porque su causa está en “una estructura impersonal que, aunque es capaz de producir todo tipo de efectos, no es capaz de quedar sujeta a responsabilidad” (104); ese sujeto colectivo responsable, añade Fisher, es lo que debemos construir. Algo similar sucede en *Distancia de rescate*, donde la responsabilidad está incluso más diluida todavía y apenas se hace alusión a los agrotóxicos o la transgenización: en ese silencio que se convierte en acechanza colectiva sobre la protagonista, precisamente, está la fuerza del relato.

Por su parte, si pensamos en la novela de Cabezón Cámara no aparece el estado (¡menos que menos empresas!), pero de entrada sabemos que eso es propio del pasado decimonónico en el que transcurre la historia, y nos damos cuenta al terminar de que, justamente, la reunión de los cuerpos entre sí y de los cuerpos con la naturaleza puede realizarse porque en ese espacio fluido y afectivo no ha llegado aún el estado nacional y entonces es territorializable de un modo diverso. No hay todavía expropiaciones, ni cercados ni explotación de la tierra: en ese umbral de un capitalismo en pleno avance con la autoproclamada “conquista del desierto” de 1879, el relato elige seguir un camino anticipatorio en el que en la extensa llanura se encuentran las aguas de lagos y ríos, las

plantas y las frutas, los y las habitantes del lugar, abriéndose a una imaginación territorial ecoafectiva que despliega otra posible forma futura que podría haber adoptado el pasado. Hoy sabemos que el futuro cercano de esa región está amenazado por las actuales prácticas del fracking para extraer hidrocarburos no convencionales y por el efecto pernicioso e irrecuperable sobre las aguas del derretimiento glaciar derivado de los neoextractivismos y los agronegocios. En la imaginación de *Las aventuras de la China Iron*, con toda su ecoafectividad (término que elijo usar frente al ya instalado pero también discutido ecofeminismo), podemos pensar que la responsabilidad sobre el territorio y los recursos naturales que lo implican es de un orden bien distinto al de las novelas que se juegan a imaginar que “el colapso ecológico ya llegó”, para usar el título del imprescindible libro de Maristella Svampa y Enrique Viale (2021): la responsabilidad es acá corolario del deseo ecoafectivo de otras mujeres y otros hombres que fueron subsumidos (y por ende invisibilizados) por las ansias acumulativas del capitalismo, cuyas consecuencias se evidencian en el futuro que fue de ese pasado.

Por supuesto, así dicho parecería que todo se trata de denuncia o activismos aun cuando hablamos de novelas. Nada más lejos de mi idea de la crítica cultural que busco practicar (que es, a su vez, muy diferente de las lecturas propias de la ecocrítica). Si hice todo este último rodeo fue para llegar al final de mi argumento dándole otra dirección a la noción de responsabilidad y referirme a ella en sede literaria. Es decir, propongo no ya pensarla en términos histórico políticos sino como parte de una política de la literatura en el sentido rancieriano de la expresión (Rancière, “Política de la literatura”, 2007), y asumiendo que en relación con temas como el ambientalismo, la crisis ecológica y el terricidio conlleva una cierta función otorgada a la novela (¿y por qué no?). El avance sobre esta idea se compone, en pos de la participación de la crítica literario-cultural en el debate sobre esta problemática contemporánea, más que nada de preguntas y sondeos.

Para empezar, las novelas que integran las dos líneas que propuse no son en ningún caso denuncia (como sí lo fueron, por ejemplo, las llamadas novelas de la tierra de mediados del siglo XX) y en ese sentido es que no asumen una responsabilidad de tipo heterónimo: no denuncian la crisis medioambiental ni anuncian el desastre ecológico que aún no podemos ver de cerca o no nos afecta del todo en la vida cotidiana (como sí les ocurre, por ejemplo, a los habitantes del litoral con la quema de los humedales o a los de México con la escasez de agua). En cambio, como espero se desprenda de mi lectura anterior, apuestan a la imaginación e instalan el conflicto entre la naturaleza y los cuerpos

en un arco que va de la alusión a la referencia directa sobre la crisis ambiental. Es así, en esa apuesta por la imaginación ficcional, que quiero llamar la atención por un tipo de responsabilidad específica de la novela respecto del mundo en crisis que habitamos. Quiero decir: esa responsabilidad que asume implícita o indirectamente la novela a través de sus tramas, ¿afecta de algún modo nuestra propia relación con la naturaleza?, ¿activa acaso una relación diferente por efecto de la imaginación? Y en tal caso (y en esto radica mi propia confianza en la novela), ¿qué tipo de decisiones y de resoluciones narrativas nos permiten sondear nuevos modos de relación con el mundo?

En *Distancia de rescate*, por ejemplo, el punto de inflexión está dado por el momento en el que se pasa de la incomprensión respecto de los sucesos que ocurren alrededor (trastornos de personalidad, contaminación, malformaciones de los cuerpos, intoxicaciones, transmigración) a la comprensión o incluso revelación que sufre la protagonista, ella misma a punto de morir intoxicada: por debajo de una naturaleza idealizada que se busca como espacio de refugio hay contaminación de la tierra y de las aguas, muertes por envenenamiento, también conjuras brujas. El diálogo (casi mayéutico), que es la forma que asume el relato, entre quien ya sabe (el chico) y quien está a punto de saberlo cuando ya es demasiado tarde (la protagonista) representa esa instancia de inflexión que también nos involucra como lectores. Solo que, nosotros, lo que sabemos una vez que sabemos nos reenvía a un mundo por fuera de la novela, el mundo real de los agroquímicos, el cultivo intensivo, la transgenización, etcétera. Algo diferente sucede en *Mugre rosa*, donde la explicación está dada y en la que el incendio final de la fábrica nueva en la que se procesan los alimentos artificiales la exhibe como emblema del desastre natural, del cual la protagonista, tras ejercer la práctica del aguante con el cuerpo a lo largo de todo el relato, solo puede salvarse abandonando la ciudad con su viento y sus aguas envenenadas sin que sepamos qué ocurre después. Mientras esta línea de novelas exhibe la imposibilidad de una ecoafectividad rota, quebrada, relegada al pasado, en la que ni la elección por la vida natural ni el aguante frente a su inclemencia logra restaurarla, una novela como *Las aventuras de la China Iron*, que propone, a través de sus elecciones y resoluciones narrativas, una imaginación ecoafectiva ¿posibilita la activación de prácticas que también lo sean?

Este interrogante me interesa particularmente porque reúne, para mí, en una política de la literatura (de visibilización e inteligibilidad de lo que no lo era), la cuestión mediambientalista con la imaginación narrativa, la función de la novela, la idea de responsabilidad y una potencial activación ecoafectiva. Dejando atrás los acercamientos

masculinos territorializantes que, en su misma obsesión por la naturaleza, buscaban conquistarla y someterla (sean, en la Argentina, de un Sarmiento, un Mansilla o un Quiroga, solo por dar tres ejemplos emblemáticos que contribuyeron definitivamente en el diseño de los imaginarios territoriales virilizadores de la nación), estas y otras novelas, en las dos líneas que menciono, reactualizan disruptivamente la relación entre naturaleza y cuerpo femenino en términos que ya no son los de la expansión capitalista de la dominación, sino instaurando una temporalidad diferente a la del progreso moderno. En ese punto es donde me interesan en este momento, particularmente, aquellas novelas de la línea ecoafectiva (*Las aventuras de la China Iron* de Cabezón Cámara, a la que podría agregar *Derroche* [2022] de María Sonia Cristoff con ese cierre tan disonante pero por fin liberador que no voy a espoilear acá) porque apuesto por una responsabilidad de la novela contemporánea que implica proponer salidas de reencuentro con la naturaleza antes que el relato del desastre ecológico actual y sus consecuencias.

Desde ya, los pequeños gestos ecologistas no resuelven el gran problema. Para eso están las políticas ambientales, las luchas del activismo, los estudios científicos denunciacionistas. Sin embargo, confío en que la literatura, a través de la ficción, incite no solo a imaginar escenarios paralizantes en los que la relación entre naturaleza y cuerpos es irreparable por efectos de los daños ecológicos, sino que, responsablemente también, entregue aquellos en los que la reparación es aún posible. No hay finales felices, probablemente, a esta altura, en el mundo sobreexplotado en el que vivimos, pero puede haberlos en la novela: no para compensarnos ni gratificarnos ni solo entretenernos, pero sí para que sondeemos en ellas otros modos de relación que activen prácticas ecoafectivas. La literatura, creo, no tiene nada que enseñarnos, pero puede ayudarnos a comprender mejor el mundo que habitamos y a cómo vivir juntos en él. Como si dijéramos: puede ayudarnos en la elección de nuestros vestidos preferidos.

## **Bibliografía**

Fisher, Mark, *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?* (2009), Buenos Aires, Caja Negra, 2016.

Foucault, Michel, *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France (1977-1978)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006.

Laera, Alejandra, *Húmeda, susurrada, afectiva, creativa: otra imaginación territorial para la Argentina contemporánea*, Santa Fe, Vera Cartonera - Universidad Nacional del Litoral, 2022.

Latour, Bruno, *Nunca fuimos modernos. Ensayos de antropología simétrica* (1991), Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

Merchant, Carolyn, *La muerte de la naturaleza. Mujeres, ecología y revolución científica* (1980), Granada, Comares, 2020.

Rancière, Jacques, “Política de la literatura” (2007), en *Política de la literatura*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2011.

Svampa, Maristella y Enrique Viale, *El colapso ecológico ya llegó. Una brújula para salir del (mal)desarrollo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2021.